

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica

1929

Sábado 8 de Junio

Núm. 22

SUMARIO

Un texto del Mariscal Foch.....	Andrenio
Palique.....	Eugenio d'Ors
La compañera de viaje.....	Manuel Rojas
La misión del Padre Goicoechea (2).....	Virgilio Rodríguez Beteta
Estampas.....	Juan del Camino
La prosa heroica de Martí.....	Benjamín Jarnés
Poemas solariegos.....	Alvaro Melián Lafaur

Poemas.....	Leopoldo Lugones
Bibliografía titular.....	
Tablero (1929).....	
Victor Hugo de moda.....	Rómulo Tovar
La Edad de Oro.....	
Los ingenieros del puente de Brooklyn.....	José Martí

LA popularidad que alcanzó el mariscal Foch como organizador de la victoria en la última guerra explica sobradamente que en todos los idiomas se haya añadido alguna hoja a su corona fúnebre, aunque tengan muchas de estas aportaciones el carácter efímero y circunstancial que suelen ofrecer los elogios a los muertos. Sus talentos militares han sido, como era natural, el preferente tema de los comentarios necrológicos, en los cuales era obligada la comparación con los grandes capitanes, paralelo a que conspira toda una tradición retórica, pero que encierra un visible elemento de falsedad cuando se establece con los capitanes de la antigüedad, más que por la diferencia de talentos por los grandes cambios que ha experimentado el mundo y las nuevas condiciones de la guerra. Ya las comparaciones antiguas adolecían de este defecto. Alejandro y Julio César son personajes completamente heterogéneos. Más claro todavía es que no puede haber Alejandros modernos. El último sueño de Alejandro, o sea el último intento de conquista al modo alejandrino, es el de Napoleón en su campaña de Egipto, que aspiraba a llevar hasta la India si hubiera triunfado en Siria. Por algo dijo Lamartine que Napoleón era un aparecido del mundo antiguo.

El mejor elogio de Foch es, en mi sentir, el que hizo un periódico suizo reproduciendo un texto de Foch acerca de Napoleón. Es el elogio del hombre civil, del ciudadano. Foch, que admiraba sin duda el genio militar de Bonaparte, no se entusiasma con sus empresas de conquistador, sino que las condena.

«Identificando la grandeza de su país con la suya propia — escribía el mariscal —, Napoleón quiso decidir por las armas la suerte de las naciones. ¡Como si pudiese lograrse la felicidad de un pueblo por una serie

Un texto del mariscal Foch

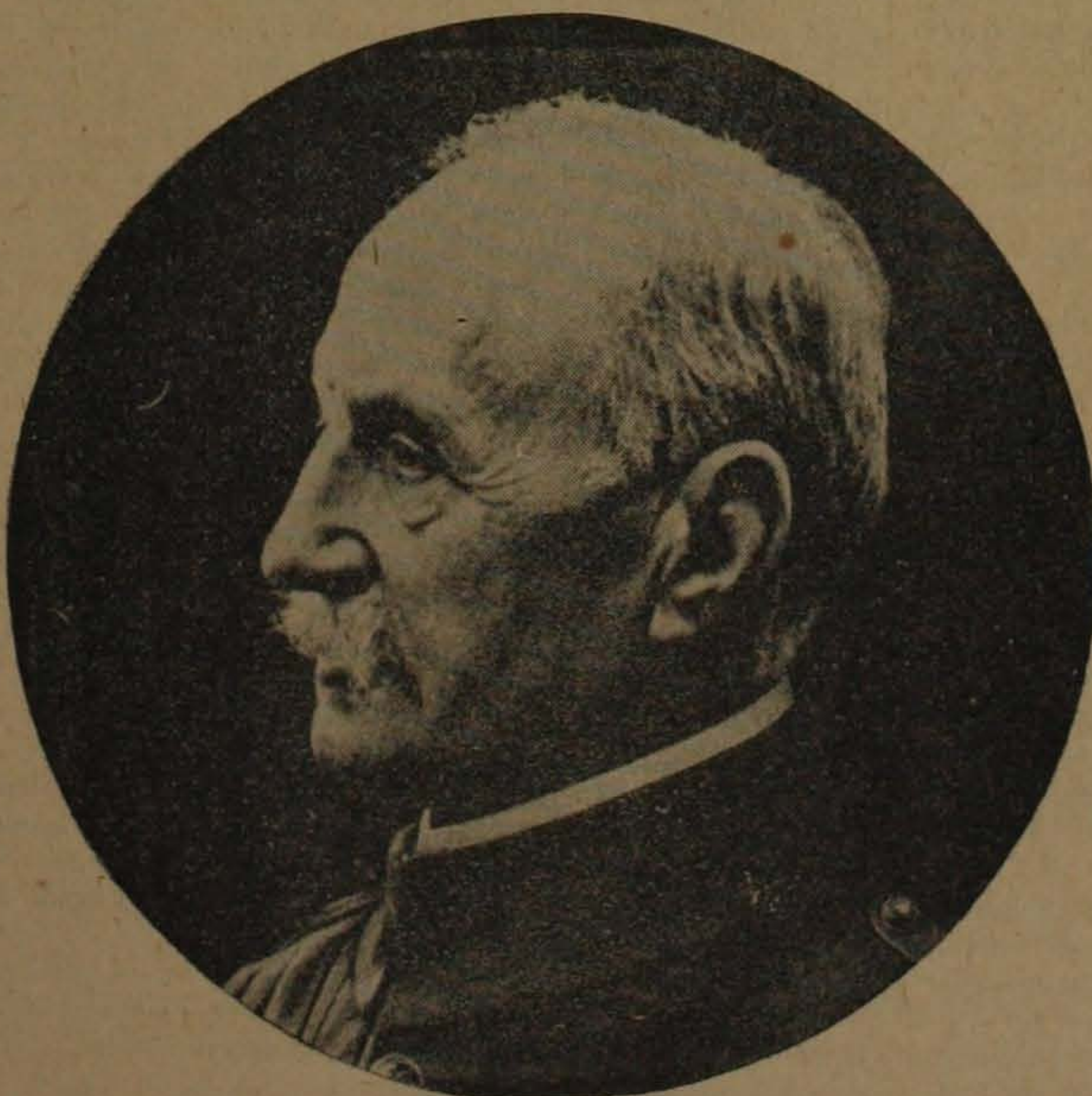
= De La Voz. Madrid =

infalible de victorias, a costa de dolorosos sacrificios! ¡Como si un pueblo pudiese vivir de la gloria y no del trabajo! ¡Como si en el mundo civilizado, la moral no debiera prevalecer sobre un poder fabricado únicamente por la fuerza, por genial que fuese! Resueltamente, el deber es común a todos. Por encima de los ejércitos mandados victoriosamente, está la nación a quien hay que servir para su felicidad, tal como ella la entienda. Hay que respetar la justicia por encima de todo. Sobre la guerra está la paz. El hombre mejor dotado se extravía si al pretender arreglar las cuentas de la Humanidad se fía de sus propias miras y de sus solas luces y se aparta de la ley moral de las sociedades. El respeto al individuo y a los principios de libertad, igualdad y fraternidad es lo que constituye nuestra civilización y la esencia misma del Cristianismo.»

Foch no era un radical, no era uno de los generales a quienes se llamó por antonomasia republicanos, aunque todos han sido fieles a la República, hasta el católico militante Castelnau, lo cual era tanto como ser fieles y respetuosos hacia las instituciones creadas y conservadas por la voluntad nacional. Mas esa noble profesión de fe cívica, en que el caudillo famoso no se deja deslumbrar por la gloria de Napoleón, en momentos tan propicios para la apoteosis del genio militar de Francia, es una de las manifestaciones que más honran y mejor definen al ejército francés de la República.

Diríase que aquella gran experiencia pretoriana que fué el segundo Imperio ha sido una lección que quedó profundamente grabada en el alma francesa. ¡Felices los pueblos que saben aprender las lecciones de la Historia y no perseveran en los errores de su tradición ni en los extravíos accidentales! El ejército de la tercera República, cuya eficacia profesional quedó demostrada brillantemente en la guerra mundial, en la que sobresalió sobre todos los ejércitos aliados contra los imperios centrales, ha llegado a ser el tipo del ejército ciudadano, del cual no tienen nada que temer las libertades públicas.

Sobre todos los males directos que acarrea la guerra, ofrece el doble peligro de la anarquía y de la tiranía. Son los jinetes rezagados del Apocalipsis. Un pueblo victorioso puede pagar cara su victoria perdiendo sus libertades a manos del triunfador convertido de *imperator* en César. Así en las últimas guerras de la República romana, los generales vencedores se erigieron en dictadores, y por último establecieron la dignidad imperial, resurrección disimulada de la monarquía. Y un pueblo vencido puede también caer bajo la misma servidumbre de los llamados a ser sus defensores,



Foch

que no tendrá siquiera la disculpa de la borrachera de la gloria, o por el contrario, descender a una descomposición anárquica. Y ello no es sorprendente. La guerra desencadena las fuerzas de la violencia y la voluntad de dominación; es un estado naturalmente contrario a la libertad, que se apoya en la

armonía pacífica del derecho. Por eso mismo es tan grato escuchar a un soldado victorioso expresarse en el lenguaje cívico, humanitario, respetuoso de los derechos del pueblo, que empleaba Foch al hablar de las conquistas de Napoleón. Es un triunfo del espíritu de la civilización.

A n d r e n i o

Palique de Eugenio d'Ors

=De Nuevo Mundo. Madrid=

PARROQUIA de Nuestra Señora del Rosario, en un lejano Vaugirard, arrabaleró rincón de París. Grata cena en el presbiterio, sencilla en los ritos, pero en un ambiente intelectual de muchas atmósferas. De postres, conversación sobre el mariscal Foch, con referencias anecdóticas y psicológicas de quien, entre los comensales, conoce muy de cerca al caudillo. El mariscal Foch se encuentra esos días enfermo de algún cuidado. Esto ha devuelto su figura al teje y maneje de las conversaciones.

En realidad, son muy raros los que pueden contar de él algo íntimo y a la vez auténtico. No ya reservado, no ya lacónico, sino taciturno es, por temperamento, el mariscal. Parece que únicamente en tal cual sobremesa se abandona algo. Y aun entonces se necesitan para que entre en confianza, sino en confidencia, tres cigarros puros. Durante el consumo del primero, Foch calla aún. Cuando el segundo, empieza a soltar alguna palabra. Los asomos de revelación vendrán, si acaso, cuando humea el tercero.

En ocasión de un tercer cigarro debió de ser cuando un mundano, sentado al frente suyo en grata mesa, hubo de preguntar a Foch de pronto—*así no más*, como diría un argentino—«General, ¿de qué modo pudo ganar la guerra?» Entre la sorpresa de todos, el héroe consintió esta vez en explicarse.

—Con una receta muy simple—contestó—, y que tiene tres fórmulas:

Primera, *no excitándome nunca*.

Segunda, *reduciéndolo todo a los términos más sencillos*.

Tercera, *guardando mis fuerzas para un momento dado...*

Parece nada; pero toda una estrategia,

—y toda una política,—y toda una pedagogía,—y toda una higiene,—y toda una moral están contenidas ahí.

* * *

«No excitarse nunca», éste es el ingrediente intelectualista, socrático, helénico, de la receta. La moderación. La sobriedad. *Sofrosine*, continuada posesión de sí mismo.

«No hay que estar nunca embriagado», preceptuaba Octavio de Roméu (en oposición al dicho de Baudelaire: «Hay que estar siempre embriagado: ¡de alcohol, de virtud, de divinidad, no importa!...») No hay que estar nunca embriagado. Sólo un pecado existe, y es la embriaguez. La cólera no es pecado, sino la embriaguez de la cólera. La lujuria no es pecado, sino la embriaguez de la lujuria. La caída está siempre en el olvido de la serenidad. Perder el dominio de sí mismo, perder la conciencia, *enajenarse*, he aquí el mal. El alma se conserva pura, en tanto que la moderación no se ausenta. Todo está salvado todavía, mientras en la noche de nuestras pasiones permanezcan vigilantes las lucecitas de la razón, claras y seguras como las lucecitas de los puertos.

Para el hombre de acción, la embriaguez se llama excitación. La acción, en sí misma, tiene sus alcoholes, sus venenos. ¡Cuidado! Se trata de estar continuamente desdoblado, de asistir, como público lucido, al propio drama en que se es autor, protagonista quizá. No sólo de conservar la conciencia, sino de adquirir y hacer funcionar una sobreconciencia. Con aquello, la existencia resulta aún compatible; con ésta, no. Se excluyen mutuamente, como el ángel y el diablo.

«No excitándome jamás.» Aviso a la humanidad voceadora y gesterá.

* * *

«Reduciéndolo todo a los términos más sencillos.» Este segundo ingrediente—ingrediente, después de todo *cristiano*—es todavía más importante que el otro. «¡Marta, Marta, te afanas por demasiadas cosas!» En la inteligencia, como en la conducta, no hay que afanarse por demasiadas cosas. No hay que buscarle tres pies al gato. No hay que partir un pelo en cuatro. No hay que darle a la realidad vueltas *no-euclidianas*... ¿Qué es la belleza? Una mesa fuerte, de cuatro patas, frente a una pared encalada y con un plato campesino encima. ¿Qué es la verdad? Un cuadro signótico de tres llaves. ¿Qué es el bien? Un apretón de manos y unas pupilas que miran derecho.

Casi todo nuestro trabajo actual, en el saber como en la vida, consiste en purgarlos de complicaciones superfluas, en el santo *prescindir*. Para el arte, en eliminar falsos primores. Para la ciencia, en volver por los fueros del buen sentido. Para la moral, en desnudarse tranquilamente, con dignidad, huyendo a la vez de los tapujos de la hipocresía y de las contorsiones del cinismo.

Este último Año nuevo, un amigo escribió a otro amigo, a quien de veras quiere: «Dios te dé, por este año, trescientos sesenta y cinco días, con ocho horas de sueño y diez y seis horas de paz», le deseaba aquél, en guisa de bendición.

* * *

Ahora, al tercer ingrediente. Este ya no es precisamente de inspiración griega, ni de inspiración cristiana, sino moderna. Después de la *moderación* elegante, después de la apaciguadora *sencillez*, la utilitaria *economía*. «Guardar sus fuerzas para un momento dado.»

Mas, ¿por qué no comenzar aplicando aquí ese último extremo de la receta del mariscal Foch? ¿Por qué, puesto que ya estamos entendidos, prolongar el Palique?

El de la noche que digo en el presbiterio de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, tampoco se alargó en demasía. Aunque la cena había sido excelente y el diálogo animado y los temas interesantes y el ambiente intelectual a muchas atmósferas, me figuro,—de mí puedo hablar—que, al dar las once, ya estábamos todos en la cama.

La compañera de viaje

=De la obra *El delincuente*. Santiago de Chile=

EH, tú, diplomático!, cuéntanos algo. Una aventura, sentimental, diplomática, política, de cualquier orden que sea, pero cuéntanos algo.

Rodolfo, el gringo Rodolfo, como le llamamos a causa de sus ojos azules y sus cabellos rojos, dijo:

—En la vida de un hombre normal como yo, suceden muy pocas cosas extraordinarias o dignas de contarse. Ustedes me conocen demasiado y saben que, sentimentalmente, soy un hombre poco romántico; además de ser poco romántico, soy casto; no por sistema, por temperamento. Me he enamorado sólo una vez en

mi vida y la mujer de quien me enamoré es hoy mi mujer.

¿Qué ventura sentimental o de otro orden, capaz de interesar a un auditorio como el que forman ustedes, hombres apasionados, puede contar un hombre como yo, normal, poco romántico y casto por añadidura?

—¡Eh, no te hagas el tonto, gringo! Tú puedes ser casto, pero es de suponer que no todas las mujeres que has conocido tendrían tu mismo temperamento. Así es que déjate de explicaciones y cuéntanos alguna cosa.

—Bueno, les contaré; pero estoy seguro que se van a reír de mí cuando termine.

—Te prometemos que no.

—Bien. Denme un cigarrillo; no, uno de esos rubios. Eso es.

Allá va. Hace algunos años, era yo bastante más joven que ahora, atendía la secretaría de un consulado de mi patria en una ciudad de Italia. Llevaba ya tres años allí y dominaba bastante bien el idioma de ese país. De vez en cuando hacía viajes a distintas ciudades de Italia: Florencia, Nápoles, Turín, Venecia, unas veces por obligaciones, de mi puesto y otras por el simple placer de viajar.

Un día entre los días se me ocurrió hacer un viaje a Milán, viaje que tenía por único objeto ver trabajar a la Duse, actriz que había

visto sólo una vez en Roma, de la cual era ferviente admirador y que haría en Milán una temporada de diez funciones.

Llegué a la estación veinte minutos antes de la partida del tren; subí al vagón, dejé en un asiento mi maleta y mi gorra de viaje y bajé con el ánimo de comprar algunas revistas. Las compré, y cuando regresaba a instalarme ví que en la ventanilla que correspondía al asiento que había elegido, se encontraba asomada una muchacha rubia conversando con dos jóvenes parados en el andén. Subí al coche, llegué a mi asiento y diciendo en italiano:

—Con permiso.

Me senté. Dirigióme la muchacha una mirada, y yo se la correspondí con otra, miradas acompañadas de una sonrisa de amistosa cortesía, como corresponde a dos personas bien educadas, que, sin conocerse tienen que viajar juntas. El coche estaba lleno de pasajeros. Empecé a hojear mis revistas, indiferente a la viva conversación que sostenían a mi lado las tres personas indicadas.

Llegó la hora de la partida. Piteó el tren y se despidieron los que charlaban.

—¡Addio! ¡Addio!

Retiróse la muchacha de la ventanilla y me interrogó:

—Dígame, señor, ¿este asiento del frente está ocupado?

—Que yo sepa, no, señorita.

—Muchas gracias.

Se sentó. Yo he sido siempre, no sólo con las mujeres, sino que con todo el mundo atento y cortés. Le dije, levantándome:

—Si la señorita quisiera ocupar mi asiento, no tendría inconveniente en cedérselo.

Sonrió agradecida.

—Muchas gracias, señor; no se moleste.

—Es que hay algunas personas—insistí,—especialmente las señoras, a quienes marea el viajar así, mirando en sentido contrario a la marcha del tren. Y como a mí me es indiferente...

—No, gracias; a mí también me es indiferente.

—Bene.

Abrí de nuevo mi revista y me entretuve leyendo y mirando las informaciones gráficas. Viajamos así durante una media hora. Llegó el tren a una estación y se detuvo. Entonces la muchacha, extrañada, preguntó:

—¿Cómo! ¿Para aquí el tren? ¿No es éste, entonces, el rápido de París?

—No, señorita—contesté—. El rápido de París partió de Turín media hora antes que este tren.

—¡Ay, madonna mía! ¡Qué contratiempo!

—¿Qué le pasa?

—¡Pero si yo debía haber tomado el rápido de París!

—No me parece tan grande la contrariedad. Este tren también va a Milán.

—Sí, ya lo sé; pero es que a mí me esperan en Milán a la llegada del rápido. Mi hermano telegrafió a una familia amiga que tenemos allí, diciendo que llegaría en ese tren y que me esperaran.

—Pues llega usted a Milán, toma un coche y se va a la casa de esa familia.

—¡Pero es que yo no sé la dirección!

—¡Ah, caramba! Eso ya es más serio. Y este tren llega a las siete de la noche...

—¿Qué broma! ¿Qué voy a hacer ahora?

Como no se me ocurriera en ese momento ningún medio que solucionara el asunto, me callé y volví a hojear mi revista. Pero también las revistas cansan, y las dejé a un lado,

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositorio del *Repertorio Americano*.

distrayéndome en mirar la campiña italiana que pasaba ante la ventanilla. Después, por un motivo o por otro, entablé conversación con mi ocasional compañera de viaje. Estaba ella un poco disgustada y al principio contestóme con un tono seco e indiferente. Pero después la charla la fué tomando y hablamos sobre infinidad de asuntos, contándole yo algunos viajes que había hecho por América y Europa y comentando luego asuntos generales, sin llegar a tratar el tema que tantos hombres prefieren para hablar con una mujer: el amor. Era bastante culta, muy liberal en sus ideas, justa en ciertas observaciones.

De vez en cuando hacía ciertos gestos de enfado y contrariedad, sin duda recordando el conflicto en que se encontraría al llegar a Milán; pero en seguida le interesaba de nuevo la conversación y parecía olvidarse de ello.

Viajamos así como dos horas, hasta que llegamos a una ciudad llamada Novara. En este pueblo venden unas cajitas de bizcochos que tienen en toda Italia fama de exquisitos y sabrosos. Me levanté diciendo que iba a comprar una caja, y ella me pidió que comprara una para ella.

Bajé, compré dos cajas, me entretuve paseando un rato por el andén y subí después, entregándole a ella la caja de bizcochos pedida. La recibió, dejola sobre el asiento, abrió su cartera y sacando dos liras me dijo:

—Tome usted

—¿Qué es esto?

—Las dos liras de la caja de bizcochos.

—Oh, no vale la pena. Yo la he obsequiado a usted esa caja de bizcochos.

Discutimos un rato, hasta que por fin me dijo:

—Es que si no me recibe usted las dos liras, le devolveré la caja.

Me sorprendió la frase y el tono con que fué dicha, porque en ese momento no comprendí el por qué de la insistencia de ella en pagarme.

—Bueno—repuse,—si usted lo toma de ese modo, se las recibiré.

Estuvimos un momento callados, molestos por el incidente, mirando ella insistentemente por la ventanilla, como si el paisaje le interesara mucho, y yo mirándola a ella, procu-

rando encontrar en la expresión de su rostro el motivo de su proceder. De pronto me di cuenta: seguramente pensaba ella que una mujer que admite un regalo está obligada a admitir después una galantería o un asedio decidido. Y no pensaba mal la muchacha. Pero conmigo no había temor, pues yo estaba muy lejos de tener esos propósitos. Me molestó que sin conocerme juzgara de ese modo un acto tan simple y sin tan intención posterior como el mío; pero me tranquilicé pensando que habría procedido lo mismo con cualquier otro hombre.

Decidí romper aquel silencio y aquella actitud embarazosa de ambos, y volví a hablarle, conversando sobre cosas diferentes que no tenían nada que ver con las dos liras y la caja de bizcochos de Novara. Viendo que yo no estaba enfadado, sonrió, y al poco rato hablamos tranquilamente. Me fijé un poco más en ella. Era casi bonita; muy blanca, rubia, con unos ojos azules muy hermosos y una boca grande y roja. El cuerpo llenito, muy ceñido en un traje azul de seda. Al hablar hacía ciertos gestos muy graciosos con la boca, estirando los rosados labios y plegándolos suavemente después, con un aire de malicia y picardía inocentes. Yo la miraba, la miraba nada más, sin sentir nada, ningún desecho, ningún atractivo, por mirar nada más, así como miraba de vez en cuando la campiña y el claro cielo del Piamonte.

De pronto preguntó:

—¿Qué va usted a hacer a Milán? ¿Negocios?

—Se va usted a reír de mí. Voy a Milán solamente por ver trabajar a la Duse.

—¡Ah! pues vale la pena un viaje por ese motivo. ¡La Duse!

—¿Le gusta a usted la Duse?

—Oh, me entusiasma.

A mi simpática compañera de viaje también le gustaba la Duse. Eleonora, como ella decía; la había visto trabajar muchas veces. Esta admiración mutua por la gran actriz animó nuestra charla y pareció iniciar nuestra amistad. Reímos y hablamos entusiastamente, no ya sólo de Eleonora Duse, sino también de otras grandes figuras de la escena italiana: Zaccani, Mimi Aguglia, Novelli, Grasso, toda una galería de fuertes cabezas de tragedia, desde el intérprete de Shakespeare hasta los actores dialectales de Nápoles o de Sicilia.

Sin embargo, en medio de la charla y cuando yo gozaba de ella con la satisfacción de tener una compañera de viaje tan agradable, sorprendía en su rostro ciertos gestos raros, algo como un movimiento de desconfianza o de defensa. Eso me enfriaba un poco y me detenía; pero después esa expresión desaparecía de su cara y la charla se reanudaba alegremente. Por lo demás, yo comprendía que eso era muy natural. Ella no me conocía y

LA SASTRERIA AMERICANA

J. PIEDRA & Hno.

CONFECCIONA LOS MEJORES TRAJES

DE ETIQUETA - PARA DIARIO - PARA DEPORTES

Si Ud. quiere vestir sin mayor desembolso, le invitamos a obtener una ACCIÓN en nuestro CLUB en formación; le daremos informes

LADO OESTE FOTO HERNANDEZ

no podía entregarse confiadamente a mi amistad.

—¿Quién era yo? Tanto podía ser un hombre de bien como un bandido. ¡La seducción tiene caras tan plácidas y tan inocentes!

En fin, pasó el tiempo y el tren devoró con su marcha constante los largos kilómetros, acercando las ciudades entre sí. Ya oscurecía. En un momento de silencio, la joven consultó su reloj e hizo un gesto de impaciencia.

—¡Dio mío! Falta solamente media hora para llegar a Milán y todavía no se me ocurre qué hacer.

Reaparecía la dificultad. Yo volví a mirar por la ventanilla y casi cogí una revista; pero pensé que no era correcto, así como estaban las cosas, distraerme leyendo, cuando un buen compañero de viaje se encontraba en un atolladero. ¿Pero qué podía hacer yo? De repente me brotó una solución; pero una solución tan natural, tan clara que me puse a reír solo, gozoso.

—¿Qué le pasa a usted, ríe?

—Río porque se me ha ocurrido una solución para su problema.

—Vamos a ver.

—¿Usted conoce el barrio o la calle donde vive esa familia amiga suya?

—Sé la calle, lo que ignoro es el número.

—Pues bien, oiga usted. Vamos a llegar a Milán a las siete de la noche, hora en que es peligroso que una joven como usted se aventure a buscar un número que no sabe, en una calle que no conoce sino de nombre. ¿Qué hacer? A mí me parece muy sencillo. Yo voy al Hotel Continental; allí me conocen, pues siempre alojé en él cuando vengo a Milán. Usted se viene conmigo, duerme en el Hotel y mañana en la mañana va a buscar a esa familia. ¿Qué le parece?

Me quedó mirando con fijeza y después sonrió con aire picaresco.

—¿Ir yo al Hotel Continental con usted? ¡Oh!

—¿Por qué oh?

—Vamos, no sea usted ingenuo. Si se figura que soy tonta...

—¿Pero por qué?

Volvió a mirarme fijamente, queriendo encontrar en mi rostro el oculto motivo que me movía a hacerle ese ofrecimiento. ¿Qué aspecto y qué impresión vería ella en mí? Lo ignoro. Sin embargo, estoy seguro que mi cara expresaba sólo la alegría del hombre que ha hallado un recurso para sacar a un amigo de un apuro y que se lo comunica alegremente diciéndole:

—Oye, ñatito, se me ocurre tal cosa...

Soporté su mirada sin pestañear, mirándola con franqueza. Esto la desconcertó un poco. Pero la duda persistió:

—No, muchas gracias—dijo—. Le agradezco su ofrecimiento. Tengo aún la esperanza de que me esperarán en este tren.

—Bueno, como usted quiera. Yo la he ofrecido a usted eso es con el buen deseo de ayudarla.

—Sí, sí, se lo agradezco.

—No vale la pena.

Milán. Piteos de la máquina, gritos de los mozos por las ventanillas, ofertas de hoteles y pensiones. Me levanté, cogí mi maleta y tendiendo la mano a mi compañera de viaje le dije:

—He tenido mucho gusto, señorita.

—Igualmente. Addio.

—Addio.

Bajé. En el andén encontré al mozo del Continental, quien tomó mi maleta saludándome afectuosamente.

—Esperaremos un momento, señor—me dijo—; voy a ver si hay más pasajeros para el Hotel.

—Bueno, esperaremos.

Prendí un cigarrillo y me distraje mirando el ir y venir de la multitud que llenaba la estación. Pasó un momento, y de pronto, de entre los grupos de viajeros, vi surgir a mi compañera de viaje.

Miraba hacia todas partes, desorientada; la llamé.

—¡Ah! ¿es usted?

—¿No ha encontrado a sus amigos?

—No; seguramente, al no verme llegar en el rápido de París, han creído que ya no vendría y se han marchado. ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora?

Yo no contesté y miré hacia otro lado. Ella continuó mirando a un lado y otro, levantándose en la punta de los pies para ver por encima de la gente, buscando algún rostro amigo. Daba golpecitos con los pies y zamarreaba nerviosamente su maleta. Vino el mozo del Hotel.

—Andiamo, signore...

Me volví hacia mi compañera de viaje y con tono tranquilo le dije:

—Me voy, señorita; pero perdóneme usted que antes de retirarme le repita el ofrecimiento que le hice en el tren: venga usted conmigo al Hotel, duerma usted allí y mañana buscará a sus amigos. Yo no me marcharía tranquilo si usted quedara aquí abandonada.

Esta vez no me miró fijamente. Inclino la cabeza, confusa y como avergonzada, no sé si por la necesidad en que se veía de aceptar lo que yo le proponía o porque reconocía en ese momento haberme juzgado mal. Después levantó la cabeza, me miró y una graciosa sonrisa abrió y estiró sus labios.

—Bueno, me voy con usted—dijo.

Subimos a un ómnibus que el Hotel Continental tiene para el servicio de sus pasajeros. Iban dentro varias personas. Ibamos callados; pero de pronto ella se inclinó hacia mí y poniéndome una mano sobre el hombro dijo, en voz baja y marcando bien las palabras:

—Supongo que usted pedirá dos piezas en el Hotel: una para usted y otra para mí.

—Seguramente, señorita; una para usted y otra para mí.

No dijo nada más durante el trayecto. Llegamos al Hotel, entré en la Administración y pedí dos piezas. Casualmente había dos, en el segundo piso, una junto a la otra, con comunicación. Así se lo dije a ella. Preguntó:

—¿Tendrá llave la puerta de comunicación?

—Sí, tiene.

—Entonces, bueno.

Me irritó esa extremada prudencia y la dije bruscamente:

—Si quiere, pediré para usted una pieza que esté bastante separada de la mía.

Me miró sorprendida, extrañada y como dolida por esa repentina violencia.

—No, no; así está bien—murmuró.

Subimos. Nos indicaron nuestras respectivas habitaciones. Entré en la mía y procedí a hacerme una ligera limpieza. Cuando estuve listo salí al pasillo y fui a golpear a su puerta.

—¿Quién es?

—Yo, señorita; su compañero de viaje.

—Un momento; ya voy.

Abrió.

—¿Qué desea usted?

—Voy a hacerle una invitación. La convido a ver trabajar a la Duse. Como la función empieza muy temprano y ya son las ocho, no tendríamos tiempo para comer. Pero, si usted

quiere, comeremos algo a la vuelta en cualquier restaurant.

Estuvo un momento pensando.

—Bien—dijo después—, acepto. Déjeme que me arregle un poco y en seguida salimos.

Volvió luego, bajamos y salimos a la calle.

—Nos iremos a pie. Está cerca.

—Bueno.

Nos fuimos charlando. Yo iba muy contento. Me encanta pasear y conversar con una mujer que no tenga relación sentimental alguna conmigo. Va uno tranquilo, despreocupado, sin tener la obligación de mantener una actitud constante. Además, la convicción de estar realizando una buena acción, distraendo y acompañando a aquella muchacha casi perdida en la ciudad, infundía en mi ánimo un alegre desenfado, tornándome locuaz y risueño, cosa muy rara en mí. Decía chistes, cantaba trozos de canciones italianas en boga por esa época, caminaba a grandes pasos sobre la acera, adelantándome a ella, y volvía después atrás haciendo gestos y riéndome. Concluimos por reírnos a carcajadas. De repente la tomé del brazo. Me miró asombrada y casi con disgusto. Pero a mí no me importaban ya sus miradas. Estaba alegre por mí mismo, y si ella se hubiera marchado repentinamente yo no lo habría lamentado sino por el hecho de no tener ya con quien conversar y a quien decir bromas. ¿Qué figura haría yo ante ella? ¿Qué clase de hombre era yo para ella? No lo sé.

Llegamos al teatro. La Duse representaba *Magda*, de Sudermann. Durante la función se apaciguó mucho mi alegría, sobrecogiéndome el espíritu la impresión sombría de aquella tragedia. Cuando terminó salimos y tomamos el camino de vuelta, sin hablar, impresionados aún. Caminamos así varias cuadras. Me acordé de pronto que no habíamos comido y como nos encontrábamos en el centro no fué difícil encontrar un restaurant. Entramos en el *Olimpia*, un poco restaurant y un poco café galante y ocupamos un reservado.

—¿Qué va usted a servirse?

—Muy poca cosa. Algo de caldo y carne fría. Café. Nada más.

—Yo también. No tengo gran apetito.

—No vaya usted a pedir vino—me dijo bruscamente.

—No, señorita; yo no bebo.

Comimos, riéndonos del mozo que tosía y golpeaba la puerta cada vez que necesitaba entrar. Terminamos y salimos. La noche era muy hermosa, tibia. Llegamos al Hotel, subimos, y antes de entrar a su cuarto, con gran extrañeza de mi parte, oí que me decía:

—No tengo mucho sueño. Si quiere usted, yo me acostaré y después vendrá usted a charlar un rato. Pero se irá cuando yo se lo diga...

—Bueno. Pero yo voy a ir en pijama—le dije, riéndome.

Me miró, y en su mirada había ahora un poco de ternura, de afecto, de gratitud, no sé qué había; pero lo cierto es que yo sentí que algo cambiaba en ella, que su dureza para conmigo desaparecía y que yo entraba un poco, sin proponérmelo, en su corazón y en su confianza.

—Usted es un hombre de bien—me dijo, suavemente. Y después agregó sonriendo:

—Venga en pijama, con tal que esté limpio.

Quince minutos después, en pijama y zapatillas, saboreando un cigarrillo, llamé a la puerta de comunicación. ¿Ustedes han viajado alguna vez, con un amigo, una amiga, un hermano, el padre, todo un día a través de una región extranjera? Durante el viaje se

han recibido innumerables emociones y se llega en la noche, cansado, a una posada o a un Hotel. ¿No es cierto que por mucho cansancio o fatiga que se tenga, gusta antes de ir a reposar, conversar un rato, comentando lo que se ha visto, lo que se ha recordado, lo que se ha sentido? Eso constituye uno de los más puros placeres del viajar y ese era el alegre deseo que yo llevaba en mi corazón cuando llamé a la puerta de su cuarto.

—¡Avanti!—gritó.

Por el sonido de la voz adiviné que ya se había acostado. Cuando están en cama, el tono de la voz de las personas se diferencia del que tienen cuando están en pie. Abrí la puerta y una fuerte corriente de aire hizo oscilar la bombilla eléctrica y sacudió los flecos de la colcha rosada de su cama. La ventana estaba abierta de par en par.

—¿Por qué tiene abierta la ventana?—interrogué.

—Por precaución—me contestó.

—¿Por precaución de qué?—pregunté, extrañado.

—Mire, no se enfade. Pero comprenda usted que yo no puedo confiar en un hombre a quien conozco hace sólo unas pocas horas. Lo he dejado entrar a mi cuarto; pero, por precaución, he dejado abierta la ventana. En caso de que...

No la dejé terminar. Me irritaron dolorosamente sus palabras y pensé en ese momento que esa mujer no era lo que aparentaba, es decir, una muchacha honesta, sino una trotamundos que se estaba burlando de mí, de mí, que no intentaba ni siquiera preguntarle nada que pudiera molestarla. Friamente, casi con desprecio, le dije:

—Señorita, recuerde que usted me invitó a venir a su cuarto. Si ahora piensa que mi vi-

sita es inconveniente o inoportuna, con retirarme se arregla todo. Buenas noches.

Pero no me dejó marchar. Con acento suave y persuasivo, díjome:

—No, no se vaya usted. ¡Jesús! ¡Qué hombre más susceptible!

—Procedo honradamente, siempre, y no me agrada que se interpreten mal ni mis palabras ni mis hechos y mucho menos que se rían de mí.

—Pero no se enoje... Cierre la puerta. Venga, siéntese ahí, cerca de la cama... Perdóneme. Es usted un hombre tan raro, tan distinto de los demás, que no sé qué pensar. Sus modales, sus palabras, sus finezas.

¡Ay, amigos míos! Aquella mujer entró por mal camino. Habló de mí con calor, con simpatía, casi con entusiasmo, como si yo no estuviera presente, diciendo que ella no llamaba mi atención, que seguramente ella era muy poca cosa para mí, que era fea, sin gracia, y que tal vez con otra mujer más bonita que ella yo habría procedido de otro modo. Yo la miraba, la miraba nada más, sin sentir nada, ningún atractivo, ningún deseo, por mirar nada más, así como miraba, de vez en cuando y por la ventana abierta, el estrellado cielo.

Pero todo tiene su límite, hasta la castidad, y de pronto nos encontramos mirándonos y sonriéndonos, callados, mirándonos con esa mirada única que lo dice todo, esa mirada profunda y húmeda, y sonriéndonos con aquella sonrisa que agranda despiadadamente la boca y que subsiste aún después que los ojos han dejado de mirarse.

Me incliné rápidamente y la besé. Se enderezó en la cama y sacando un brazo desnudo lo cruzó sobre su cuerpo, sujetando la ropa

de la cama. Yo me había parado y la miraba fijamente.

—Señor—tartamudeó,—yo soy una muchacha honrada, ¿entiende usted?, honrada.

Me incliné de nuevo hacia ella y le hablé, no sé qué cosas, con la boca cerca de su rostro, aspirando el olor y sintiendo la tibieza de su cuerpo... Después...

No sé. El hombre, por instinto o por costumbre, conoce cuándo una mujer es honrada, es decir, intacta, y cuándo no lo es. La ví tan afligida, tan asustada, que me dió pena. Pretendió jugar, sin saber hasta dónde llegaría el juego y cuando lo adiviné le dió miedo.

Me separé de su lecho, fui a cerrar la ventana, atravesé a largos pasos la habitación y abrí la puerta; desde allí, dándome vuelta, le dije sonriendo:

—Ya es muy tarde. Perdóne usted que la deje. Buenas noches.

Me estaba mirando con sus grandes ojos azules, la boca abierta, anhelante. Pasé a mi cuarto y cerré la puerta despacio. Oí que decía:

—Oiga... oiga...

Pero yo ya estaba lejos.

Desperté al otro día cerca de las diez. Me levanté, me vestí y bajé, extrañado de que en la habitación del lado no se sintiera ningún ruido. Hablé con el administrador y éste me dijo:

—La señorita del 21 pidió su desayuno temprano, pagó su cuenta y se marchó...

Esta es toda la historia.

Un momento de silencio.

—¿Y no la viste más?—preguntaron dos o tres voces a un tiempo.

—Nunca más.

Se sintieron varios golpes de puño sobre la mesa.

Manuel Rojas

El trabajo literario de Goicoechea se presta, en labios del periodismo, a la consideración de los problemas fundamentales del Reino.—El trabajo más conocido de Goicoechea, probablemente el mejor, es la aludida Memoria sobre la Mendicidad. Extractos de ella conocemos por la *Gazeta*, y no sólo es necesario salvarlos del olvido sino que ellos nos guiarán para apreciar mejor las ideas de Goicoechea.

La *Gazeta*, al comentar la Memoria, señala como el mal de fondo, la pobreza y mala organización agrícola. Hace ver los inconvenientes del cultivo único entonces, el añil. Sus palabras son la profecía de lo que aún hoy mismo nos acontece, cuando a pesar del transcurso de cien años de vida independiente, no hemos salido de otro cultivo único, el café, dejando en rudimentarias proporciones los otros que con tanto o mayor éxito permitiría la feracidad de un suelo que a sus condiciones naturales añade la circunstancia de la fertilización natural continua por los residuos de las sustancias volcánicas y el hu-

Capítulo consagrado a estudiar la misión del Padre Goicoechea en la evolución de Centro América

2.—Véase la entrega anterior.

mus de los bosques. Dice la *Gazeta*:

«Un país que funda su riqueza en el cultivo y beneficio de un solo fruto, cuya naturaleza es tal que requiere gastos crecidos, anticipaciones de dinero, obras y operarios asalariados, etc., es preciso que tenga grandes propietarios. Se desdennan los demás frutos que por exigir operaciones más sencillas y menos costosas darían ocupación a la masa del pueblo, es preciso que de los trabajos agrarios queden sobrantes muchos brazos útiles. Si hay pocos que paguen tributo a las obras de la industria, y los renglones principales que de ella se consume son traídos de afuera: y si por otra parte, las necesidades comunes del alimento, el vestido, el menaje, etc., son limitadas y escasas, bien sea por el hábito o bien por la misma mi-

seria que aleja del pueblo toda idea de aseo y comodidad, aquellos brazos útiles tendrán pocos destinos en que ocuparse: de aquí nacerá que se acostumbren al ocio y que adquieran los resabios y vicios que son consiguientes. Esta es una pintura de Guatemala, en donde la mendicidad es hija legítima de las expresadas causas fijas y constantes fuera de otras que son accidentales. A nuestras puertas llegan frecuentemente hombres robustos, ninguno de los cuales deja de saber algún oficio: no piden limosna: piden trabajo en qué ejercitarse, y con qué mantener a una familia expuesta a perecer o a perderse. ¿Cuál será el rico empedernido que niegue su socorro a estos infelices aún en la duda de si imploran o no de vicio? Porque es evidente que no todos los que aman el trabajo pueden dedicarse a él: no hay

ninguna proporción entre los operarios y los consumos: un maestro, el día que no tiene qué hacer, cierra el obrador y despide a sus oficiales: ¿qué harán éstos ese día, ganando en los demás un jornal que no les permite ningún ahorro...?

»Si cada comunidad mantuviese a sus pobres, sin ser éstos onerosos a ninguna, se evitaría la mendicidad transeúnte. Mas para esto, era necesario que sus causas fueran de tal modo locales, que tuviesen su origen único en aquella comunidad a cuyo cargo debiera estar el remedio. Por el contrario, sucede que las causas están en las ciudades, y sus efectos se sienten en los campos. Ya se ha dicho que una de ellas y tal vez la primera, son los grandes propietarios, los cuales por lo común no viven en sus haciendas. ¿A cuántas familias de arrendatarios ha dejado perecer un gran señor? Y sin contarse los dolorosos efectos del despotismo feudal en cuanto a la opresión y vejaciones de todo género, el principal daño está siempre en pie, que es el de trabajar centenares de hom-

bres para la comodidad de uno solo, el cual disfruta de todos los regalos de la vida, mientras aquellos no tienen que comer.

«De aquí resulta que ni la agricultura ni la industria florezcan. Nunca las manos mercenarias, los espíritus abatidos, ni los cuerpos desmalazados y flojos de jornaleros hambrientos, las han hecho prosperar. Muchos de ellos se cansan de un trabajo que no les da un premio correspondiente y le abandonan; en un año menos abundante los campos se despueblan, y la turbamulta de los necesitados corre en tropel a las poblaciones grandes a arrancar el sustento que de justicia se les debe, y a arrancarle de aquellos mismos que son los primeros causantes de su miseria.

«En estas lastimosas circunstancias las costumbres se estragan, se contrae el hábito de vagar, y el que un tiempo se hizo mendigo por necesidad, lo sigue haciendo por vicio...»

Concretándose al espectáculo de los mendigos dice en otra parte:

«Hubo un tiempo en que a la pregunta ¿cuáles son los medios de destruir la mendicidad? se respondía sin detenerse: los Hospicios. La Sociedad de Soinssons en 1779, ofreció un premio sobre esta misma cuestión: ¿Cuáles son los medios de destruir la mendiguez y de hacer útiles a los pobres robustos? No dar limosna y destruir los hospitales, dijo el Abate Montliner y su Memoria fué premiada. Una paradoja semejante en su rigor no puede sostenerse; pero el premio adjudicado al autor comprueba

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Vienen	₡ 1049.90
Los niños de la Escuela de La Cruz (Guana- caste)	5.85
	₡ 1055.75

por lo menos que la opinión pública ha decaído mucho sobre la utilidad de estos establecimientos piadosos. En contra de los hospicios se reúne en la Memoria del Dr. Goicoechea cuanto se ha dicho y puede decirse: que multiplican los mendigos en vez de disminuirlos: que son contrarios a la salud pública y a la moral: que son injustos e inhumanos: que perjudican a la población y a la industria, etc. Todo esto está bien sólidamente demostrado, a pesar de que el autor protesta que su intento no es absolutamente impugnar los hospicios, sino buscar remedio a los inconvenientes que ellos ofrecen. En cuanto a los hospitales, copiaremos lo que se dice en un libro útil, que tiene la felicidad de ser superior a la esfera de los traductores de baratillo, y que por esto sin duda no se ha vulgarizado; pero que entre tantos fútiles y despreciables que salen todos los días en idioma genízaro y mestizo, debiera traducirse por quien le conservara

todo su valor, como a la Historia Natural de Buffon, ya que por desgracia no tenemos otra mejor en nuestra lengua sobre el mismo asunto...»

Por último, refiriéndose la Gaceta a la misma Memoria sobre la mendicidad, insiste en la necesidad de curar ésta no por los establecimientos de beneficencia solamente sino por la radical mejora de los medios de trabajo.

«Nada diremos nosotros en contra de estos piadosos establecimientos. El espíritu que los ha erigido es sublime, es emanado de la misma Divinidad. Si ellos son un mal, son un mal inevitable, especialmente los hospitales en las poblaciones grandes. Pero lo cierto es que donde el pueblo los mira con repugnancia o con aversión, en donde el jornalero no quiere ser llevado al hospital sino en el último recurso, costándole rubor y vergüenza el no tener con que asistirse en su casa, allí hay más amor al trabajo, allí hay menos ociosidad, dedicándose todos y afanándose

Virgilio Rodríguez Beteta

(Concluirá en la entrega próxima)

no sólo para ganar no sólo lo preciso, sino algún sobrante con que recurrir a los accidentes fortuitos. El oficial suda y se ingenia aún en los ratos de huelga: la mujer es hacendosa y por ningún lugar se da entrada a los vicios que perturban el orden doméstico.

«Hemos dicho cuáles son las principales causas de la mendicidad en Guatemala y basta haberlas indicado para conocer cuáles son los medios eficaces y seguros de removerlas. Poner los consumos en proporción con el número de operarios, si se quiere que no haya muchos de éstos ociosos, porque es imposible que deje de haberlos y cada vez habrá más, si creciendo la población no se aumentan los medios de subsistir. A esto se dirigen los desvelos de la Real Sociedad, dando fomento a los ramos de industria establecidos y procurando introducir otros nuevos. A esto deben dirigirse los del Real Consulado para proporcionar la salida y el consumo de las manufacturas que se elaboran en el reino, y de las producciones agrarias, propias de sus climas, que pueden beneficiarse.

«Pero como estos medios, aunque con el tiempo surtirán todo su efecto, son lentos por sí, y no pueden por de pronto acudir al remedio del mal, en esta Memoria se proponen arbitrios fáciles y hacederos para ocurrir al mantenimiento de los verdaderos pobres, evitando los perjuicios que causa la mala distribución de la limosna.

«Exhortamos a nuestros lectores a que mediten sobre la estimación que merecen la solidez de sus pensamientos, los conocimientos prácticos de su autor y el patriotismo con que está escrita.»

Sumiso rodará por los caminos de la Ciudad Vaticana el suntuoso automóvil que como regalo potente acaban de presentar al Papa algunos de sus súbditos. El tratado de Letran abrió a la civilización las puertas de un nuevo estado. Y este estado católico apostólico ha de sorprender al mundo por su modernidad en el uso de las comodidades de la edad en que nace de nuevo como nuncio de paz. Católicos y no católicos harán sus presentes al nuevo estado en la persona del Papa. Unos llevarán reverencia y temor, otros sencillamente se aprovecharán del suceso político-religioso para lanzar un anuncio certero de los sorprendentes enseres del progreso actual. Nada extrañará que un día de un porvenir cercano aparezca a grandes títulos en una página dorada la foto-

grafía de la *Sala de los Papas* en cuya mesa central luce la pluma de fuente que allí se usa para firmar los documentos trascendentales. O en una de las calles de la Ciudad Vaticana se alzará el semáforo que es la última maravilla en el encauzamiento del tráfico, colocado bajo los auspicios del Papa, como defensa de la humanidad en trance de perecer al empuje de tanto vehículo. El estado que el musolinismo ha anticipado al mundo será invadido por la civilización que no mira la existencia de las cosas transitoriamente, sino bajo una ley de perpetuidad invariable. Las luces y sombras de la Ciudad Vaticana han surgido al conjuro de esa fuerza aparatosa apellidada musolinismo.

Estampas

¿Y si el musolinismo se derrumba como lo predice Francisco Nitti, el ex-ministro de finanzas y ex-premier de la Italia pre-musolinista, ahuyentado a sangre y fuego de su patria? ¿Qué ocurrirá con las luces y sombras de la Ciudad Vaticana?

¿Y por qué ha de derrumbarse el musolinismo? Nitti, expatriado y con el pensamiento atento a los sucesos de Italia, dice esto que tomamos por respuesta: Ningún Estado que dependa de la violencia puede perdurar, y yo, como ningún otro hombre, estoy en situación de saber que los factores que acarrearán ese fin trabajarán a través de la ruina financiera. Porque, según el mismo Nitti, el reciente plebiscito que hizo resonar la voz de aprobación al musolinismo, es una farsa; y ningún país afronta en

los negocios problemas más serios, ni tiene su balanza económica amenazada de un déficit más terrible, ni la estabilización de la moneda hace inminente un desastre más serio, que Italia. Hay ochocientos mil seres sin trabajo y el musolinismo hipotecó lo mejor de las industrias italianas al oro norteamericano que se derramó allí en la suma de cuatrocientos cincuenta millones de dólares.

Todo eso pasa, según Francisco Nitti, en la Italia del musolinismo. Y el tratado de Letran como consecuencia de ese fermento no ha sido otra cosa que la capitulación de Italia en favor del Vaticano. Nitti también discutió con el Vaticano y en su poder existe un memorandum salido del Cardenal Gasparri «en el cual el Vaticano ofrecía términos extremadamente mucho más moderados, que nada significaban comparados con las concesiones hechas por Mussolini». El musolinismo anticipó la Ciudad Vaticana como la manera de dar satisfacción a su espíritu ansioso de ceremonias infladas. ¿En donde, volvemos a repetir, podía Mussolini inflar más una ceremonia que el propio Vaticano?

¿Qué será de las luces y sombras de la Ciudad Vaticana si el musolinismo se desvance? «Todo lo que puedo decir, asegura Nitti, es que nada de lo que el gobierno fascista ha hecho después de la abrogación de la Constitución en 1928 atará a ningún gobierno en el futuro.» Como consecuencia el Tratado de Letran está expuesto a una revisión completa, o a una abrogación rotunda. El Vaticano ha debido saber que sus tratos con el musolinismo no descansaban sobre fundamentos reales; cuando exigió tanto y obtuvo sin recortes todo lo exigido. Un Estado que depende de la violencia no puede perdurar. El musolinismo ha hecho del gobierno italiano una dura tiranía. No perdurará, aseguramos con Nitti. ¿Qué será entonces de las luces y sombras de la Ciudad Vaticana?

No hemos de tener como una definición para el derecho Internacional esta de que «La Doctrina de Monroe es la tarjeta de visita de los Estados Unidos», dada por Mr. Irving Glover, del Correo Aéreo de Norteamérica. Es una definición, pero Mr. Glover no es un internacionalista del derecho, sino un funcionario del Departamento de Correos que desea para su país la más grande expansión aérea. Ya lo teníamos definido como un cetrero codicioso. Y es que en su persona han encontrado los Estados Unidos el promotor más audaz de la aviación como servicio postal primero, como expansión comercial inmediatamente después. ¿Cómo va su Nación a cruzarse de brazos ante el desarrollo de las rutas aéreas de Centro y Sud América, si tiene en estos países una inmensa supremacía comercial? Si abandona una cosa pone en peligro inminente la otra. La aviación comercial es actualmente la preocupación de los pueblos llamados latino-americanos. Pero estos pueblos carecen de todos los medios modernos para el desarrollo eficiente y científico. La ayuda tiene que venirles de Europa o de los Estados Unidos. Este es un dilema

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina en el Pasaje Dent

TELÉFONOS:

2349 OFICINA

2208 HABITACIÓN.

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo

Aparece mensualmente

Un número Dls. 0.50
Suscripción a 6 Nos. 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes,
Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI
Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior 8.00 dólares
BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

grave para Mr. Glover. Ya Francia con la Compañía Latecoere cuyas naves emprenden el vuelo en Toulouse, descienden en Senegal, abandonan en esta costa africana la correspondencia para que navíos la transporten a Fernando Noronha, de donde de nuevo naves francesas la transportan a Río de Janeiro, a Montevideo, a Uruguay, y a Buenos Aires como remate victorioso del correo aéreo.

se adelantó a los Estados Unidos. También Alemania con la *Deutch Luftansa Company* que se posesionó de las rutas aéreas de Colombia y proyecta una línea de Alemania a Río de Janeiro y Buenos Aires, cogió el campo que pertenecía a los Estados Unidos. Estos hechos peturban los planes de Mr. Glover y hay que romper el dilema.

No tendrán Centro y Sur América que preguntarse: Europa o Estados Unidos. Para el encargado del Correo Aéreo norteamericano la incapacidad criolla en el desarrollo de la aviación comercial quedará remediada con la intervención de su país. Aquí están sus propias palabras: «La aviación comercial se está extendiéndose más allá. Tendrá por necesidad que recibir la asistencia de países que se han desarrollado mucho más ligero que Sur América en el campo de la aviación. Los Estados Unidos deben estar a la cabeza de esa asistencia. Esa posición la ocuparemos después del desarrollo de nuestras rutas de correo aéreo.»

El dilema, pues, ha quedado resuelto. El correo aéreo es la avanzada de la aviación comercial. ¿Queremos los costarricenses comprender esta tremenda amenaza? ¿Reflexionaremos en que la Pan American Airways es el agente de esa avanzada? ¿Grabaremos en nuestras mentes que el propio Mr. Glover ha dicho que el Departamento de Correos norteamericanos tiene firmado un contrato con la Pan American Airways para conectar en sus líneas a Costa Rica?

A veces nos imaginamos que todos nuestros empeños caen en un profundo vacío. Hay fuerzas tremendas que adormecen el entendimiento y la voluntad de los costarricenses. Ya debió haberse dicho a la Pan American Airways que no queremos tratos con ella, que viene a oprimarnos habiendo recibido consejo de los que en el Norte nos consideran como factorías explotables hasta dar el último rendimiento. Pero no suena la voz. No se ve la mano que haga el gesto.

Juan del Camino

Cartago y junio del 29

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS	FABRICA:	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	REFRESCOS	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.
	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

EN ese museo de inflamadas arengas, de caudalosos discursos, que es todo el siglo XIX, pocas veces tropezamos ya con una llama, con un torrente. Hay cenizas, hay cauces secos. Era una prosa para ser leída en voz muy alta, alguna vez para ser cantada con trompetas. Al leerla sólo con los ojos, de la prosa sólo quedan unos pobres escombros retóricos. De algunas palabras—favoritas del siglo—en que el discurso se apoyaba, como el pomposo baldaquino en sus retorcidas columnas, sólo queda una pavesa. Palabras madres de raquíuticos hijos. Raquíuticos los vemos ahora que ya el viento arrastró sus hopalandas. La prosa del siglo XIX habría que leerla siempre desde el púlpito, desde un escaño, a voz en grito. A menos que resista la prueba: Leedla sólo con los ojos.

Porque estaba elaborada de dos poderosos factores, desigualmente ensamblados: la poesía y la elocuencia. La poesía, amante del silencio; la elocuencia, amante del estruendo. A veces, la poesía entraba en la oración tímidamente; abandonaba la oración, avergonzada. La poesía de delicados nervios, de tejido verbal finísimo, huía de aquellas muchedumbres de palabras del arroyo, agrupadas en torno a la palabra fetiche, a la palabra anzuelo, oronda y esponjosa como un pavo real. Se fiaba todo al prestigio—falso casi siempre—de una palabra indefinida; nunca a una lógica—y artística—estructura. Los caminos de la razón son muy penosos. (Creían muchos morir por una razón, cuando en realidad sólo morían por una frase—bello gesto, pero inútil—; por una frase donde relumbraba esa palabra fetiche).

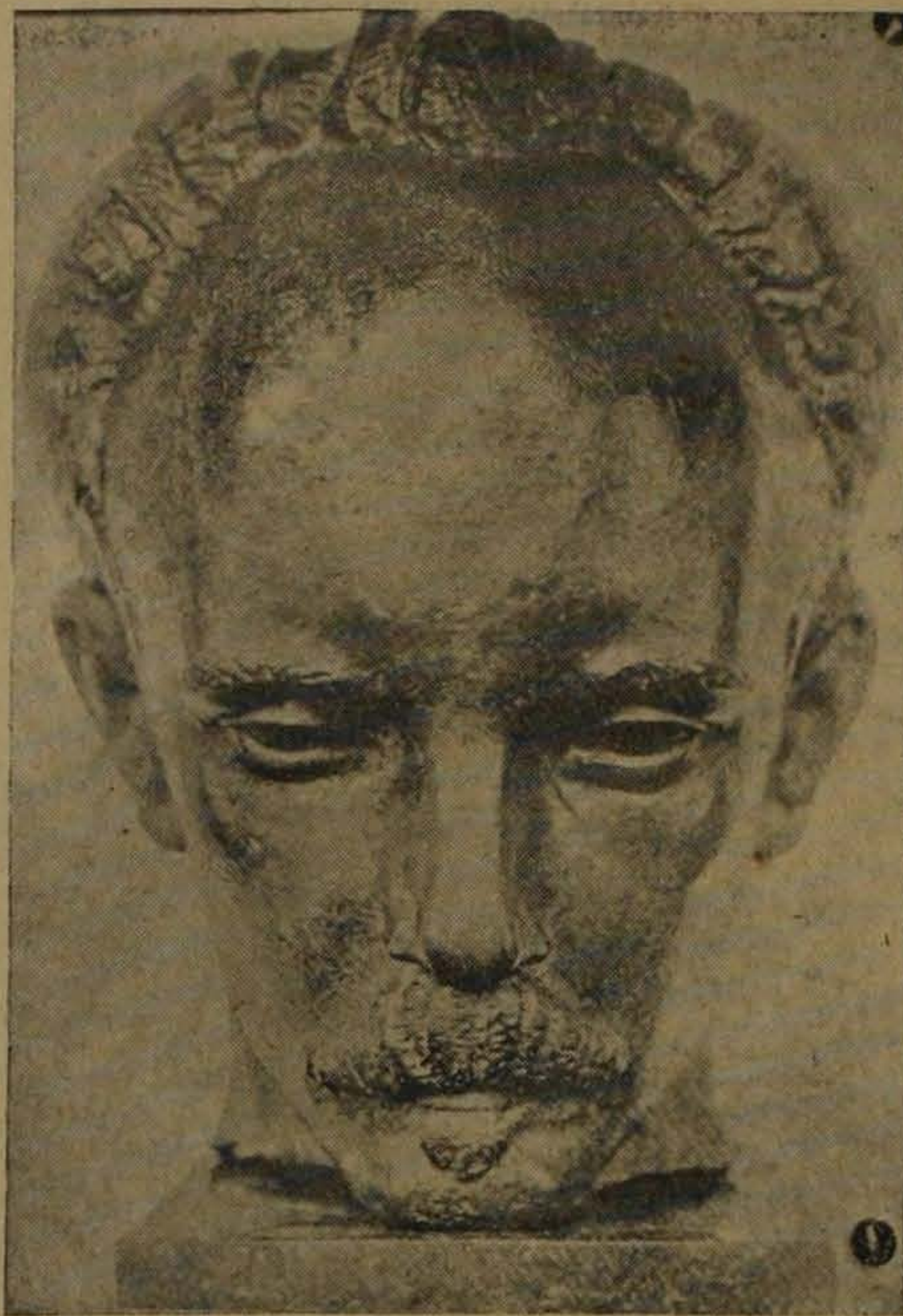
Sólo un espíritu de poeta era capaz de manejar bien el freno. La poesía, eterna fuerza de atracción hacia las formas sencillas, cristalinas, purifica la prosa de elementos provisionales, ocasionales; hacía arder en ella hojarascas, virutas; creaba en ella perfiles que la elocuencia tendía a henchir, como esas columnas pensadas por el geómetra e infladas luego por el verboso arquitecto.

Haced la prueba con muchos discursos de Martí. Acabamos de leer el dedicado a Bolívar en 1893. ¡Qué bien resiste, a media voz! El poeta ha vencido al orador. La palabra supersticiosa, la palabra *indudable*, ha sido suplantada por la palabra que pudiéramos llamar *sub condicione*. A condición de cumplirse con ella una ley de armonía. (Y *armonía*, ahora, no es sólo música; es también, y ante todo, razón).

Eterna lucha entre los dos factores: Poesía que prefiere la soledad, el único oyente—una mujer, y más en aquel siglo—; Elocuencia, que prefiere la multitud. Por eso, la mejor prosa es quizá aquella que, aun dicha en alta voz y desde la tribuna, *aisle más* a los oyentes, infunda más en ellos el sentimiento de su propio esfuerzo, la confianza en su propio espíritu. Una prosa heroica—como

La prosa heroica de Martí

=De El País. La Habana=



José Martí

Busto de Juan José Sicre.

estas bellísimas prosas de Martí—sólo podrá ser grande cuando sea capaz de hacer de cada suma, de cada oyente, un héroe. Pero un héroe disciplinado es decir, consciente.

«Las palabras están de más cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden» —dice Martí—. He aquí el verdadero heroísmo de la palabra. He aquí el sentido heroico de la prosa de Martí: Prosa que construye, que ilumina, que empuja; prosa, como fuente de energía humana.

Cuentan de Martí que muy pocos oradores han impreso a sus palabras el

Benjamín Jarnés

vigor y la emoción que él sabía imprimirles. El vigor y la emoción están ahí, en sus páginas tribunicias, resistiendo un cambio de siglo, un análisis frío. También cuentan que Martí improvisaba sus discursos: algo imposible de afirmar en absoluto, porque la improvisación puede referirse a un último elemento formal o a una primera elaboración del pensamiento; y hay discursos de Martí en que la firmeza de la idea arguye largas meditaciones y vigiliadas. Alguna oscuridad habrá en ciertos parajes—y ésta sí que es hija legítima de la improvisación—; pero aun ésta cruza las páginas como esos túneles que nos producen en los viajes cierto placer, por el deleite soberano de tropezar más tarde con el espléndido torrente del sol.

Es una oscuridad no buscada. No podía serlo, porque Martí era sencillo y leal consigo mismo y con el arte. Sus poemas son la expresión de esta sencillez, de esta sinceridad. Sus discursos, también. Guardaba sus silencios para el verso, y sus tumultos—acaso—para hablar ante las gentes; pero—ya se ha dicho—el poeta lograba filtrar siempre en su prosa, que podemos llamar heroica, sus delicadezas de poeta. Rubén Darío reconoció en él un precursor. La influencia de esta obra opulenta de Martí es bien visible en Gutiérrez Nájera, en Urbina, en Díaz Mirón...

Los nuevos escritores de Cuba recogen en esta obra, de apóstol y maestro, abundantes sugerencias.

Ahora bien, este influjo no puede ejercerlo el orador, sino el poeta. O lo que en el orador hay de auténtico poeta. En la moderna *Antología* de poetas cubanos ordenada por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, se habla de la perceptibilidad de José Martí, de su «capacidad de emoción, aun para ponerse a tono y comprender el alma de un niño». Nada más exacto. José Martí sabía adelgazar así su sensibilidad, y lo más admirable en él es haberse ofrecido al mundo como un caudillo—y con todo el vigor y empuje de un caudillo—; siendo capaz de vibraciones sólo explicables, por finas, por sutiles, en ese divino niño, que es todo gran poeta.

Bien emprendida la tarea de ordenar y publicar la obra opulenta de José Martí. Alberto Ghirardo la ha emprendido. Siete volúmenes—pulcros, con inteligente cariño prologados—han aparecido. Esperamos el resto—se anuncian otros siete—con el interés que sólo es capaz de suscitar la obra de un hombre cuya vida exterior es tan vibrante y rica de sugerencias como el íntimo laboratorio de un alto poeta.

En el fárrago sin vida de prosistas del siglo XIX escogemos a Martí, como escogemos a Bécquer, y—con todas sus oscuridades, con todas sus ternuras, con todos sus deliciosos infantilismos—les hacemos un lugar entre los inquietos renovadores de la lírica y del pensamiento contemporáneos.

INDICE Legenda aut adquirenda



Las OBRAS COMPLETAS de Cervantes
en 19 tomos:

Novelas Ejemplares, 4 tomos	3-75
Pérriles y Segismunda, 2 tomos	3-00
Don Quijote, 4 tomos	6-50
La Galatea, 2 tomos	2-50
Comedias y Entremeses, 5 tomos	5-50
Comedias, 1 tomo	0-75
Viaje al Parnaso, 1 tomo	0-75

Adquiera de Víctor Hugo:

Bug-Jargal	1-25
Nuestra Señora de París, 2 tomos, pasta	5-00

Obras nuevas:

A. Kuprin: Fama. (De la mala vida en Rusia), 3 volúmenes	6-00
--	------

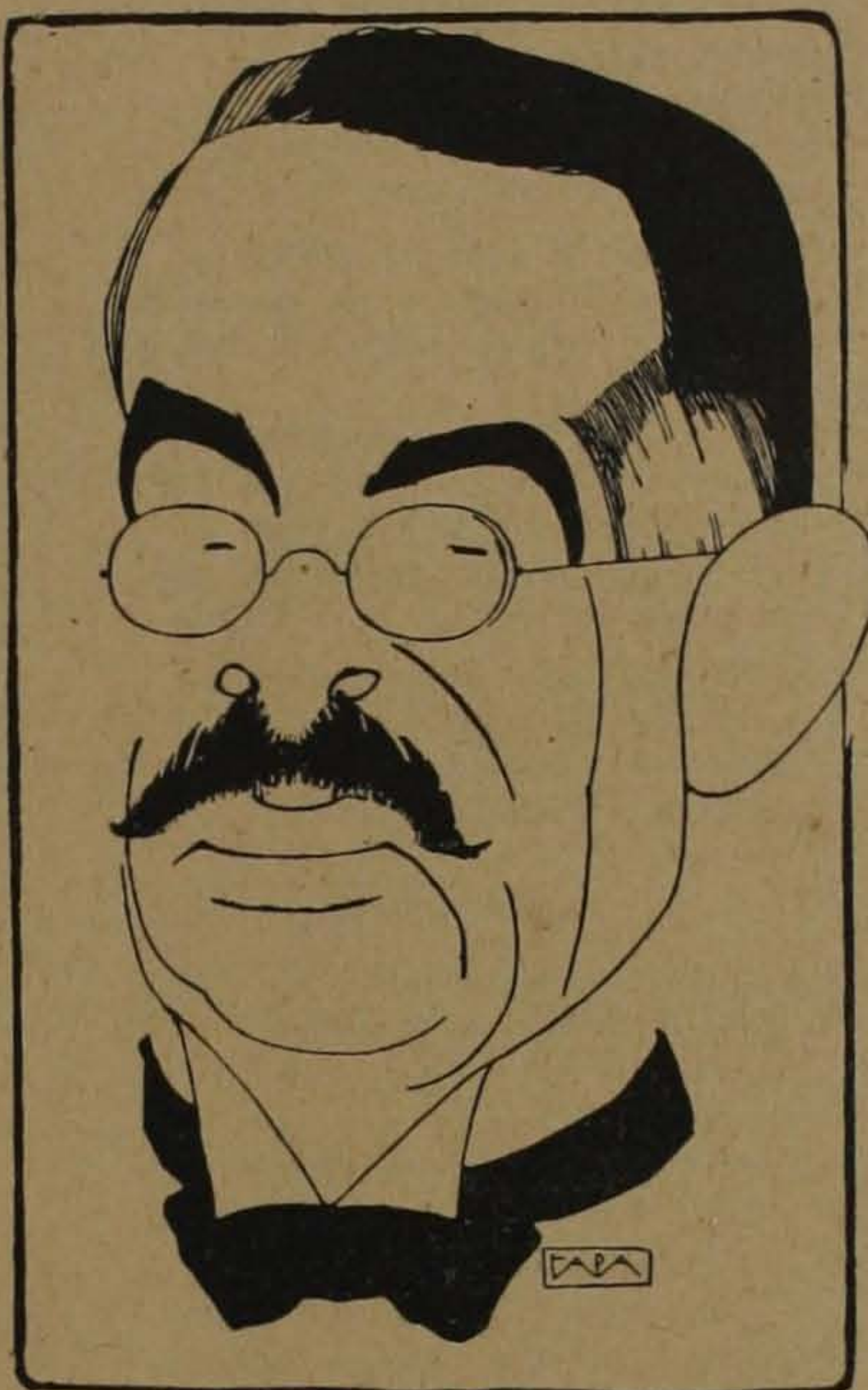
SALUDAMOS con alborozo la aparición de esta última obra de Leopoldo Lugones. Es el más argentino de sus libros de poesía, y, al decirlo, entendemos hacer su mayor elogio. A través de la trayectoria que comienza en *Las Montañas del Oro*, el poeta cuya vocación es, de por sí, un magnífico ejemplo, parece haber ido acendrando sus dotes genuinas hasta rendir este fruto jugoso de cabal madurez. Aquí está el verdadero y mejor Lugones, sin ninguna reminiscencia literaria ajena, espontáneo, vernáculo y musical, aplicando a los temas del solar nativo, tan familiarmente sentidos, una pródiga efusión lírica y una omnímoda fuerza de expresión. Asuntos de esta índole han sido tratados, casi siempre, o en forma convencional y casi diríamos académica por los poetas cultos, o bien en forma tosca y deficiente por poetas populares, compenetrados con las cosas agrestes y lugareñas, pero limitados en sus recursos estéticos. En nuestro autor ocurre la feliz y excepcional conjunción de un amplio temperamento poético y de una magistral aptitud artística con el conocimiento temprano y la experiencia minuciosa de la vida campesina. Lugones es, además de lo que ya se sabe, un buen criollo, con todo lo que esta palabra comporta, en la aceptación común, de baquía y dominio acerca de las cosas y costumbres rurales. Ello aparece soberbiamente revelado en este libro, de cuyas páginas se desprenden figuras campesinas animadas de una vida potente, y trasciende como un sano vaho de tomillo, romero y albahaca. Quien sólo pueda ver el campo —literariamente hablando— a través de la fácil décima payadoresca o de la canción silvestre, hallará quizá la poesía de Lugones, hasta por razones de léxico, erudita y complicada. Pero ¡qué deleite para el que, con la cultura indispensable, pueda ir gustando la portentosa largueza de imaginación que estos poemas representan, y la exactitud de las analogías que el poeta descubre entre las cosas, haciendo saltar la metáfora virgen que va a sorprender al espíritu con sutil encanto; y la primicia de las observaciones, y la nota de ternura, recatándose virilmente tras la frase parca y honda, para no incurrir en gárrulo sentimentalismo!

Lugones ha realizado aquí, a nuestro parecer, una síntesis armónica de los grandes valores ya visibles, de modo principal y aisladamente, en tres de sus anteriores libros: hay en los *Poemas solariegos* la emoción argentina de las *Odas seculares*, la gracia georgica de *El libro de los paisajes* y el mágico humorismo del *Lunario sentimental*. De la fusión de esos tres elementos, como de una reacción química, resulta este precipitado, que ha venido a posarse en su último libro y que es ya belleza sin mezcla, belleza pura...

Y que se diga también: este es el triunfo de la humildad; de esa humildad del grande artista ante la maravilla del mun-

Poemas solariegos

= De La Nación. Buenos Aires =



Lugones

Caricatura de
Francisco Palomar

do. Despojado de toda preocupación retórica, de todo ropaje pontifical, el poeta contempla las cosas con ojos puros y sinceros, y las sorprende entonces en su esencial unidad y su recóndito sentido. Desde *El Canto*, esa deliciosa composición matinal, que abre el libro con frescura virgiliana—*Hinc canere incipiam*— se percibe este acento de superior renuncia al orgullo vatídico:

Porque no soy más que un eco
del canto natal que traigo aquí.

Por no ser más que eso; por ser tan sólo el intérprete apasionado del mensaje que exhalan los dulces paisajes nativos, las azuladas serranías, los hogares, como bíblicos, de las aldeas escondidas; por ser fiel a su noble tradición

Alvaro Melián Lafinur

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

montañesa, he aquí que el cantor alcanza este remonte de cóndor, que le deja abrazar con mirada amante y total la belleza de la tierra nutricia.

Mas no se engañe nadie, confundiendo la humildad voluntaria y austera del verdadero poeta, en la suprema posesión de sus medios, con la actitud forzosa de los que, por penuria de inspiración y de facultades, adoptan una fingida simplicidad. Hay aquí, además del privilegio natural de la sensibilidad extraordinariamente receptiva y de la opulenta fantasía, mucha sabiduría y mucho arte; un arte cuya sencillez está hecha de grandes dificultades superadas y de la resolución de problemas estéticos, lograda con acatamiento a normas que el autor reputa por esenciales e intransgredibles.

Pero no derivemos hacia secundarias cuestiones de técnica. Vale más dejarse ganar por el hechizo cierto de esta poesía evocativa y sugerente, grávida de resonancias espirituales en su orquestal plenitud.

De estas páginas se desprenden, decíamos, bellas figuras henchidas de una vida poderosa. Tal la de Juan Rojas, prototipo del paisano nuestro, lleno de sapiencia en las cosas de su rústico oficio, y que el autor ha grabado al agua fuerte en una poética semblanza de rasgos recios y firmes. Tal, asimismo, las *Las estampas rurales*, *El arpista*, *El cantor*, los amigos de *El encuentro* y tantos otros seres evocados fidelísimamente en toda su pintoresca humanidad por el arte varonil y fecundo de Lugones.

Otras veces es la placidez bucólica del *Paseo matinal*, la *Quietud meridiana* y el *Regreso crepuscular*, especie de églogas criollas que exaltan con versos cristalinicos como las notas de una briosa zampoña, la dulce majestad agraria del contorno. O esos cuadros de interior: *Mediodía*, *El almuerzo*, *La sobremesa*, donde el lujo del color, alternativamente craso y fino, que recuerda las pinturas «de género» de los maestros flamencos, destaca personas y cosas en escenas de palpitante realidad.

Y yendo a los poemas donde Lugones da rienda suelta a su humorismo, ¿quién no sentirá el deslumbramiento de ese chisporroteo de imágenes imprevistas que es la *Loa del fuego alegre*, el derroche de ingenio y de gracia de *Los burritos*, y las *Estampas porteñas* o la funambulesca farsa del *Circo romántico*?

No olvidaremos la *Salutación a Enbeita*, donde la vida del país vasco aparece trazada en una síntesis insuperable de fuerza y de belleza.

Los *Poemas solariegos* reclaman, desde luego, un estudio muy superior a estas breves notas, donde hemos procurado expresar tan sólo la impresión de conjunto que suscita esta poesía vital, policroma y sinfónica, sabrosa y olorosa: poesía sensual y a la vez tan llena de alma y de inteligencia en su hálito panteísta, su humana ternura y su trascendente optimismo.

Poemas de Leopoldo Lugones

=De la obra *Poemas Solariegos*. BABEL. Buenos Aires, 1928.=

La muerte del manantial

Cuando el ojo de agua que al pueblo daba
[nombre,

se agotó para siempre, el vecindario
le hizo el debido comentario
como si se tratara de la muerte de un hombre.
Pues, con explicable pertinacia,
aun cuando era seguro que iba a suceder,
según ocurre en toda desgracia,
nadie lo había querido creer.

Poco a poco dejó de correr
y fué reduciéndose a una pobre escudilla,
donde por la tarde, entre la gramilla,
perdía la estrella un alfiler.
Enturbiado por la merma,
tomó aquella ceguera de la mula
que en petrificación de ópalo azula
el desaliento de la bestia enferma.
Un trago lo secaba durante largas horas...
Hasta que, al fin, llenó el último jarro,
y se sumió en su tumba de barro,
como chupado por las totoras.

Entonces habló la gente
de echar nutrias en el matorral
para que reanimaran la vertiente;
porque si cava Ud. un manantial,
lo seca definitivamente.
Mas, por último a nada se llegó
y el agua nunca ya remaneció.

Pero habíanla tantas veces trocado en lodo
las secas y los pisoteos
de manadas y rodeos,
que aún no se perdía la esperanza del todo.
Cada verano recibía
la visita de una solitaria cigüeña
que el pueblo entero conocía;
y como desde el penúltimo no venía,
más de un viejo lo dió por mala señal.
Cuando se supo, luego,
que un gringo cazador que le hizo fuego,
ahuyentóla, quizá herida de muerte,
fácil fué hallar en eso causa a la mala suerte.
Y sólo quedó en la hoya del manantial perdido,
una pálida llaga de salitre embebido.

Todos acudimos a ver aquello,
y callados mirábamos la humedad negra y
que parecía la mancha [ancha
de un reciente degüello.
Habíanle echado encima
por precaución, una espinosa rama,
bajo la cual pudríase en ampollas de lama
con una realidad que daba grima.
En la traslúcida limpidez
de la noche que iba entrando,
anticipaba de cuando en cuando
una luciérnaga la lobreguez.
El barro parecía más blando,
como si fuese carne viva;
y la última rana seguía tecleando
su imitación de gota alternativa.
Perfumaba con fuerza el hinojo.
Inmensamente acostadas,
dormíanse las tierras de rastrojo.
Y con súbito arrojo,
conmovían las sombras ya cerradas,
un ladrido lejano y un bello fogón rojo
que parecía ladrar a llamaradas.
Acercábase todavía,
con obstinado yerro,
alguna vaca tardía,
que hostigada por nuestro perro,
tarascaba algún berro

para engañar la sed,
y se volvía con lenta docilidad,
derribando, al pasar, la obscuridad
como un pedazo de pared.

Cuando llegó la fiesta de la Patrona,
por la vertiente ciega su novena rezamos,
y hasta le echaron palmas el Domingo de
[Ramos,

como donde se ahoga una persona.
Pero no conseguimos la ansiada intercesión,
aunque dijeron que, a la semana,
brotó allá mismo, con piedad cristiana,
una enredadera de Flor de la Pasión.

Un día dejó de cantar la rana
y se abatió reseco el totoral.
Y así fué la historia aldeana
de la muerte del manantial.

El pozo

Como una telaraña abandonada
al soplo misterioso de lo eterno,
la noche va borrándose, soslayada
en la oblicua pisada
del perro cabizbajo, que a paso alterno,
se aleja con ella por la cañada.

Con noble pesadumbre
el lucero se apaga en pepita de oro.
Triza la calandria en brindis canoro
el tenue cristal de la vislumbre.
Y desde las cicutas más acerbadas,
hasta la piadosa malva,
se santifica en la paz del alba
la trémula adoración de las hierbas.

Sobre el roto lago de la bruma temprana,
desprende su lóbrego témpano azul el cerro.
Y en el frescor de choclo tierno de la mañana,
rompe a cantar la roldana
como un valiente violín de hierro.

El brocal, con musgosa humedad de maceta,
da pedestal al busto de una muchacha,
que empeñosa y fortacha,
llena, balde tras balde, la pileta,
donde el enfático jadeo
del ganso que abanica su alborozo,
es de rigor el matinal aseo
«con agua recién tirada del pozo».
Y aquella adolescencia clara,
parece que empujándose en la tensión, lanzara
al sol saliente el cántico del esfuerzo y del gozo.

Un ademán de antigua nobleza alza a los cielos
sus brazos que, pujándose, en el afán gemelos,
redondean con ternura graciosa
los codos de membrillo rosa
sonreídos de hoyuelos.

(El membrillo pintón
que asoma por el seto de la quinta cercana,
arropado en su vello como un pichón).
En la boca entreabierta a cada tirón,
dijérase que grana

aquel choclo tierno que dió parangón
a la frescura de la mañana.
Pinta en seno y mejillas la manzana
de la ocasión...

Y en la cintura cenceña,
y en la mecha que le desgrena
el vientecillo retozón,
cimbra su gracia trigueña
la esbeltez de una espiga en sazón.

En su perfil que excava la órbita enjuta,
muerde el sol un bocado de fruta.
Y el vigor que en sus firmes caderas trabaja,

parece que a la vez mórbido y macizo,
tornea el ascendente barro de la tinaja.

Ante el cubo escurridizo,
los gansos en mangas de camisa,
le bufan con atolondrada prisa
su sibilante romadizo.
Y la calandria que se improvisa
fugaz columpio con la misma piola,
retardada al roce del brocal que la frisa,
teclea con la cola,
muriéndose de risa.

Desde el cabezal que es su andamio
de diligente albañil,
le echa el hornero su gentil
epitalamio.

Y del mismo lodazal
que encharca el pie del brocal,
alzando el bravío zumbo,
tienden al sol las abejas,
en bisectrices parejas
las rectas cuerdas del rumbo.

A la vez presurosas y atrasadas,
en su capricho coqueto,
aunque es lunes, pasan de asueto
las mariposas desaplicadas;
estampando y desplegando,
al vagabundeo blando
de la leve fantasía,
en la ventana
de la mañana
su alada calcomanía.

La tierra que empapada de aurora resplandece,
un sonrojo de carne morena difama.
Y en el dorado trebolarse parece
que es sol en flor lo que perfuma.

Dilata el viento lánguidos suspiros...
Sobre las hierbas palpitantes,
tiembla la luz con todos sus diamantes
y la sombra con todos sus zafiros.
Levántase la fuerza del campo en el toro.
Sobre una hebra de paja humilde y ruda,
se gloria la belleza desnuda
en una sola gota de oro.
Templan los gallos sus clarines;
y de gallinero a gallinero,
a un tiempo heraldos y paladines,
incrédanse alto y claro como héroes de Homero.

El hombre-orquesta y el turco

Apareció en la plaza de la villa una siesta,
magnífico y grotesco,
chispeante en síntesis piramidal su orquesta
bajo las campanillas del sombrero chinesco.
Tocaba un viejo clarinete
con escapes en falsete,
mas también relumbrante de llaves argentinas
que libertaban alegres *marianinas*.
Al mover, ya se sabe de qué ingenioso modo,
con el pie los platillos y el bombo con el codo.
relampagueaba el bronce su chafado estridor,
y la caja rielaba con trémulo fulgor
entre abolladas cáscaras de lata y de barniz.
Y yo nunca he tenido sorpresa más feliz.

Todos los chicos le formamos corro
en deleite casi beato;
y tanto relumbraba su centelleante gorro,
que sólo al cabo de un rato,
pudimos distinguir su barba bermeja,
sus ojos verdes y un rulo
que le caía al disimulo
sobre la rebanada oreja.

A su lado, un hombre moreno,
de manos tatuadas y rostro agareno,
descolgaba del hombro
una vitrina no menos digna de asombro,

de la cual fué sacando con pausas astutas,
artículos extraordinarios:
yesqueros de mixto, esculpidos rosarios
y jabones de olor que imitaban frutas.
Había un costurero guarnecido
de conchillas marinas, que insinuaba derroches
de tesoro escondido
de *Las Mil y una Noches*.

(Porque ya sabíamos algo de Aladino
y de Simbad el Marino;
aunque para nuestra fábula campesina,
uno era el Niño Ladino
y el otro se llamaba Sinibaldo Medina).
¿Y aquel globo de cristal que encerraba
un pueblito con su pinar,
sobre los cuales, si usted lo meneaba,
se ponía a nevar?

¡Y aquel lapicero sorprendente
cuyo cabo ocultaba también
una minúscula lente
con una vista de Jerusalén!

Entre los intervalos de una y otra tocata,
la vitrina seguía volcando en la vereda,
al pregón de la «cosa linda, barata»,
como los cofres mágicos, nácar, aroma y seda.
Pero, no bien el músico volvía a hacer su parte,
tornábamos, sumisos, al dominio del arte.

Y tal era su hechizo
ante el deslumbramiento de la menuda grey,
que una chiquilina de don Andrés Carrizo,
sentenció alelada:—Es el rey!

Y he aquí que lo era, en efecto.
El rey de la farándula, monarca indestronable,
omnipotente y miserable,
bienhechor, atorrante y perfecto.
¿No llevaba consigo hasta ese turco
de las manos tatuadas con crecientes azules,
que desplegaba prodigiosos tules
y tenía en las cejas un terrible surco
de verdugo de sultán,
como aquel que en la estampa que él mismo
con despiadada herejía [vendía,
le cortaba la cabeza a San Juan?...

Así reinó una tarde con su murga y su lata,
bajo el buen sol aldeano y el aplauso rural,
en la pureza total
de la gloria anónima y de la suerte ingrata.
(Porque luego supimos con certeza fatal,
que se llamaba Pascual
y era oriundo de la Basilicata).
Tocó algún tiempo aún con buen resultado.
Hasta que un día dejó de lado
la musical maravilla,
se quedó de hortelano de la villa,
casó allá y tuvo un hijo que ahora es diputado.

Los ínfimos

Canto la atareada hormiga
que se afana con su miga,
y se empena con su brizna,
y de industrioso alquitrán se tizna
o de ácido agresivo se avinagra
en el ardor que a su labor consagra.

2

Y la consabida cigarra del apólogo,
que a pleno sol deflagra,
poniendo en su monólogo
una mecha a la pólvora de oro del calor
y un cascabel al gato del amor.

3

Y el abejorro borrachón de miel,
que tiene una amapola por tonel.

4

Y la sensible araña que junto al piano
teje a ocho agujas su ñandutí liviano.

5

Y el escarabajo magnífico, inmundo
y redondo como el mundo.

6

Y la avispa exaltada que lacera
el seno pálido de la pera.

7

Y el grillo
con su sencillo
violín
de negrilla
saltarín.

8

Y la mariposa sentimental
que de flor en flor lleva su tarjeta postal.

9

Y el picarón Cupido de alas de mariposa
que exalta cartulinas con su aneurisma rosa.

10

Y la mosca molesta
que insiste a la siesta
en la nariz funesta
del pedante que contra mi buen humor protesta.

11

Y la malva tranquila
que en la llaga voraz su piedad destila.

12

Y la solitaria violeta
que basta para hacer un poeta.

13

Y la borla del ajo silvestre que convida
a evocar en un soplo lo breve de la vida.

14

Y el ochavo de luna
que preferí a la fortuna.

15

Y el rayo de solcito polvoriento
que entra al cerrado aposento,
y en la pared visionaria y tersa
dibuja transeúntes y árboles a la inversa.

16

Y la muchacha fea
que no tiene quien la vea.

17

Y la bonita boba que ofrece al indiscreto
vate del barrio, su tema de mal soneto.

18

Y el charquito que forma la mula con su huella,
y en que cae el diamante perdido de una estrella,

19

Y el jamelgo que resigna, mohino,
su fealdad huesuda de santo bizantino.

20

Y el perro que privado de amo y querencia,
prefiere el puntapié a la indiferencia.

21

Y el cordero que hacia el que lo degüella
inclina su cabeza de doncella.

22

Y el minucioso ratón
que en sus correrías sobresaltadas
economiza a pulgadas
la sombra del rincón.

23

Y el chingolo de invierno que en el espinillo
canta la miseria como un lazarillo.

24

Y el niño que exagera con furtivo rubor
sus muecas tras la puerta para darse valor.

25

Y el raído gringo murguista
con su testa frenética de artista.

26

Y el poetastro infeliz cuyo estilo
en insípido retruécano es tilo...

27

Y el bocado de pan
que como sin amargura ni afán.

28

Y el trago de vino
que me infunde vigor, concordia y tino.

29

Y la sed de agua que corre expedita y grata
como una limpia moneda de plata.

30

Y el grano de sal
que es sabor, ingenio y franqueza cordial.

31

Y la cucharada de cuajada trémula
que ante el nácar y el ópalo puede rimar con
[émula.

32

Y la última brasa
que vela el honrado reposo de la casa.

33

Y el cuzco de la vieja,
que lagañoso como un chiquillín,
tiene lana de oveja
y se llama Jazmín.

34

Y el rústico bastón,
con algo de pariente, de gendarme y peón.

35

Y las chozas rubias y morenas
como las pastoras de las coplas amenas.

36

Y el pobre diablo que echa al hombro desparejo
su retazo de sol como un saco viejo.

37

Y la sombra de la tapera caediza
que se quedó con el gato y la ceniza.

38

Y el nido abandonado
que tiene algo de recuerdo olvidado.

39

Y la hoja seca tan callada y buena,
que embellece la dicha y la pena.

40

Y el minuto de buena o mala suerte,
que como un cobre
de pobre
va cayendo en la alcancía de la muerte.

41

Y el sendero serrano que por entre las pítas,
como un niño callado ya juntando piedritas.

42

Y la viruta crespa como un rubio borrego,
fragancia del trabajo y alegría del fuego.

43

Y la asidua costura
que fomenta la tisis y la virtud oscura.

44

Y el barro en que la ollera conforma la botija
tierna, rolliza y ávida, cual si pareciese una
[hija.

45

Y el adobe macizo y plano
con su rústica honradez de paisano.

46

Y la escoria que en bello azul turquí,
se tornasola como un colibrí.

47

Y la paba que arruya cantarina,
al lento rescoldo del bienestar.
Y la novelita ejemplar
en que se casa la heroína.

48

Y el cántaro del agua, que a la avidez enjuta,
anticipa una negra frescura de gruta.

49

Y el sapo solterón,
que instalado en el mismo rincón,
cazando moscas paga su pensión.

50

Y el perfume del grano de anís,
y la servicial discreción del gris.

51

Y el pueblo en que nací y donde quisiera
dormir en paz cuando muera.

Bibliografía titular

Los libros y folletos recibidos en la semana

Las publicaciones ATENEA (Apartado 64. Madrid) son de lo más interesante que de la España editorial nos llega. De tales Publicaciones, las elegantísimas Ediciones LA NAVE. Y entre éstas, las dos obras que acabamos de recibir:

José Mía. Salaverria: *Loyola*. Con 4 ilustraciones y un retrato autógrafo de Loyola.

E. Giménez Caballero: *Hércules jugando a los dados*.

El ofrecimiento cordial lo hace el Sr. Giménez Caballero, el inquieto y renombrado Director de *La Gaceta Literaria* de Madrid. Gracias.

De las Publicaciones de la *Revista de Filología Española*, ésta que nos llega:

B. Sánchez Alonso: *Fuentes de la Historia Española e Hispanoamericana*. Ensayo de Bibliografía sistemática de impresos y manuscritos que ilustran la Historia política de España y sus antiguas Provincias de ultramar. Segunda edición revisada y ampliada. Vol. I. Madrid. 1927.

Con este ruego de los editores: «Por ser la finalidad de este libro promover la remodelación de nuestra historia mediante el conocimiento directo de las fuentes, se ruega divulgar su aparición publicando reseñas, noticias, menciones o cédulas bibliográficas.

La *Revista de Occidente*, Madrid, saca un tomo más, el tomo XIV, de la interesantísima serie MUSAS LEJANAS.

Cheng-Kuoi, *domador de demonios*. Narración popular china.

Una editorial española que se está dando a conocer ventajosamente: Editorial CENIT. (Lagasea, 55). Madrid. Nos remite estas tres obras:

Diego Hidalgo: *Un notario español en Rusia*. Madrid. 1929.

Cheng Tchong: *Mi madre*. Prólogo de Paul Valéry. Madrid. 1929. Trad. y conversación literaria con el autor, de J. G. Gorkin.

Dice la dedicatoria:

A las mujeres del Universo. A las madres y a los niños.

Isadora Duncan: *Mi vida*. Trad. directa del inglés por Luis Calvo. Madrid. 1929.

Con este epígrafe de Nietzsche:

Si mi virtud es una virtud de bailarina, y

si he saltado a menudo con ambos pies, en un raptó dorado-esmeralda y si mi Alfa y Omega consiste en que toda cosa pesada se aligere y todo cuerpo se haga bailarín y todo espíritu pájaro: verdaderamente, esto es mi Alfa y mi Omega.

ESPASA-CALPE ha puesto a circular estas obras en sus ediciones sobrias, elegantes y escogidas:

La boda de Don Juan. Crónica novelada. La escribió don Carlos M. Noel. 1927.

Con un prólogo de Ramón Pérez de Ayala.

Luis de Sarasola: *San Francisco de Asís*. Con prólogo del P. José de Sarasola, O. F. M. Primera edición. Madrid. 1929.

De nuestro amigo Vicente Lombardo Toledano, en México, D. F., hemos recibido esta obra suya:

Bibliografía del Trabajo y de la Previsión Social en México.

Es la Núm. 13 de las interesantes MONOGRAFÍAS BIBLIOGRÁFICAS MEXICANAS que bajo la dirección de Don Genaro Estrada, saca la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

En las EDITIONS SPES, 17, Rue Soufflot, París (Ve). ha aparecido esta obra:

Histoire de l'Amerique Espagnole. Depuis les origines jusqu'à nos jours. París. 1929.

Es el autor *Jean Toussaint Bertrand* de la Sociedad de Americanistas de París. La prologa el conocido publicista peruano Victor Andrés Belaunde.

En dos tomos. Contenido del primero: L'Epoque precolumbienne. La Conquête. L'Epoque coloniale.

Contenido del tomo segundo: Les guerres de l'Independence. Le periode contemporaine.

En el vol. XI de la COLECCIÓN DE LIBROS CUBANOS, de que es el Director don Fernando Ortiz, acaban de publicarse (Habana, 1929) las

Poesías de José Martí.

Estudio preliminar, compilación y notas de *Juan Marínello*.

El notable estudio preliminar tuvimos el gusto de reproducirlo en las entregas 15, 16 y 17 del tomo en curso. Los martinianos de América estamos de plácemes.

El número 27 y Año 3, marzo de 1929, del mensuario MEDITERRANEA. Nice, está dedicado, en homenaje honorífico, al poeta Armand Godoy, cubano de origen.

Académicos, poetas, artistas, (franceses en su mayoría) todos concurren a honrar al Sr. Godoy. Estudios, autógrafos, versos, dibujos, cartas, estampas, trozos musicales. ¡Cuánto halagüeño se dice del poeta! Sorprende simpatía tan unánime. Veamos lo que le toca a nuestra Gabriela Mistral:

El caso Armand Godoy

Es bien curioso el caso de este poeta que se mueve dentro de una lengua extraña, y sobre todo, dentro del francés, con un desembarazo de señor del habla adoptada hace diez años. Siendo muy celosa de la fidelidad guardada al español, yo no estoy sin embargo con los que refunfuñan y se duelen de este hurto a lo suyo, al castellano. Hay la patria de la sensibilidad, mas verdadera que la política y él ha encontrado la suya. Tal vez forzándose a a clavarle en el español hubiese dejado muertos o ahogadas unos cuantos acentos vitales, empobreciéndose con ello.

Bastante triste es que sus compatriotas no le perdonen como le perdono yo el éxito de Francia. Somos allá estruendosamente amigos de la libertad, tanto que... no tenemos ni ejercitamos ninguna...

Me place particularmente en Godoy su agilidad para moverse dentro de ritmos variados. El poeta de lengua española está encenagado en el endecasílabo y tiene una gran pesadez para expresarse en más de tres metros y ritmos. Se siente, en Godoy, como si el paso a otra lengua le hubiese rejuvenecido y dádole una adolescencia gallarda.

Yo tengo en él tres estimaciones fuertes: la del hombre lleno de fervor por el asunto bello; la del amigo de José Martí, que sólo es amigo de las mejores almas hispano-americanas y la del caballero sin ponzoña literaria que es raro de hallar en nuestras tierras como es raro de hallar allá un árbol sin plaga.

Gabriela Mistral

Avignon, enero de 1929.

De Armand Godoy hemos recibido: *Le Drame de la Passion*. Cinquieme edition. París.

Extractos y otras referencias de estos libros se darán en otras ediciones.

Tablero = 1929 =

Gobernar es hacer vivir.—...Se ha dicho que gobernar es poblar. Se han dado otras definiciones muy interesantes, de lo que significa gobernar. ¿No cabría decir, con exactitud y justicia, que GOBERNAR ES HACER VIVIR? Si no hay vida, no hay nada: todas las otras ventajas, mercedes y prerrogativas, son complementos o embellecimientos de la vida: Empeñándose en que las gentes vivan; en que

vivan contentas, en que vivan integralmente con su pasar modesto pero suficiente y seguro, el gobernante hace de padre, que es cuanto se puede hacer de más alto. Y hace al mismo tiempo de estadista previsor y pacificador, porque los hombres que se acuestan seguros de que a la mañana siguiente no les faltará la sustentación, tienen los oídos cerrados o dormidos a las incitaciones del desorden, y muy propensos a escuchar los consejos de la prudencia y la concordia.

En fin, si el Jefe de Estado muestra interés grande y directo por el vivir de los ciudadanos, especialmente de los que ganan rudamente el pan, ¿quién no tratará de imitarle? ¿Quién no querrá provocar su atención y simpatía, imitándole y secundándole?

Pues el que está en lo alto para gobernar y regir, es a la manera de luminaria, a quien todos vuelven los ojos: para hacerse claros si aquella luz que les alumbra es intensa, para tornarse empañados si la luminaria se torna opaca.

Alberto Masferrer

(Patria. San Salvador).

Hemos recibido:

De Saul de Navarro (S/c: Avenida Pedro II, 174. Río de Janeiro, Brasil), nos llega esta nueva obra:

O espírito Ibero-Americano (1ª. serie). Ilustrações de Oswaldo Teixeira. Librería Española. Río de Janeiro. 1928.

Contenido:

Os Andes. Os Amazonas. Os Pampas. Os Vulcoes e o Deserto. Panoramas literarios.

Ignacio de J. Valder Jr.: *Cuentos panameños* De la ciudad y del campo. Primera edición. 1928. Panama.

Ovidio Fernández Ríos (S/c: J. Pautlier 979. Montevideo. R. O. del Uruguay):

Blasones. Las leyendas milagrosas. Buenos Vol. 5 de la 2ª. serie LOS POETAS. Donación del autor.

De la Academia de la Historia de Cuba, recibimos:

La epigrafía en Cuba, por el Dr. Juan Dihigo y Mestre. La Habana. 1928.

y *Colección de Documentos*. Vol. I. ACTAS de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia. Tomo I. (1895-1896). Recopilación e introducción por Joaquín Llaverías y Emeterio S. Santovenia. La Habana. 1928.

Algunos folletos:

F. Laguado Jayme: *Tiranicidio y Revolución*. Editado por el Grupo BOLIVAR. Caracas. Venezuela. 1929.

Jephtha B. Duncan: *La función internacional de la Escuela*. Panamá. 1928.—*Hacia una conciencia periodística fuerte*. Panamá. 1928.—*El maestro de escuela y su visión*. Panamá. 1928.—y *La nueva disciplina y el ciudadano de una República*. Panamá 1928.

De la Estación Experimental Agrícola de la SOCIEDAD AGRARIA. Lima. Perú. Apartado 2791, estas tres circulares:

La conservación de los granos. (N.º 11) *El mosaico de la caña de azúcar* (N.º 10), y *La producción del algodón*. (N.º 9). Por F. A. López Domínguez la N.º 10 y por H. V. Geib, la N.º 9.

De don Vicente Dávila, Caracas, nos llega:

Discurso de recepción del señor D. Luis Alberto Sucre como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia el 16 de junio de 1928. Caracas. 1928.

De la Oficina de Información y Propaganda Anexa a la Secretaría Privada de la Presidencia de la República:

Discursos cruzados entre el Decano del Honorable Cuerpo Diplomático Ecmo. Sr. G. A. Bading y el Presidente Constitucional Interino de la República Dr. Isidro Ayora, en la Recepción Oficial del 1º. de enero llevada a cabo en el Palacio Nacional. Quito 1929.

De la INTERNATIONAL CONCILIATION, New York:

Policy of the United States and other nations with respect to the recognition of the Russian Soviet Government, 1917-1929. By N. D. Houghton.

Límites entre Guatemala y Honduras. Documentos relacionados con la mediación del Dep. de Estado de los EE. UU., en 1918-1919. Publicaciones de la COMISION DE LIMITES. Num. 11. Tomo I. Guatemala 1928.

De la Sociedad Española de Beneficencia:

Memoria 1928, San José, Costa Rica, 1929.

De la Secretaría de Hacienda y Comercio:

Memoria correspondiente al año 1927. 2 Vols. San José, Costa Rica. 1928.

Crítica literaria.—Por Ricardo Rojas Vincenzi. San José, Costa Rica.

Recoge en este breve libro el joven escritor R. R. V., tres artículos y un ensayo historiando con devoción la vida y la obra hasta ahora rendida por el destacado publicista don Joaquín García Monge, el editor de *Repertorio Americano*. Dicho ensayo está dedicado al recientemente fallecido educador y pensador costarricense Omar Dengo; y el libro ha recibido el espaldarazo de la apostólica poetisa chilena Gabriela Mistral, cuyo es el prólogo. Mucho nos ha interesado este libro, por los datos que nos aporta de la vida de ese benedictino de las letras indoeuropeas, de ese ejemplar varón que es cumbre de honor y de luz de la hermana República de Costa Rica, que se llama Joaquín García Monge. Los restantes trabajos, dentro de la brevedad y soltura que campea en ellos, son interesantes.

(Revista de Oriente. Santiago de Cuba.)

Espigando entre las revistas que nos llegan

Repertorio Americano, San José, Costa Rica.

Continuando la reseña que iniciamos en la entrega anterior, de las revistas que nos llegan con puntualidad, vamos a comenzar escribiendo de la más silenciosa, modesta y penetrante, de cuantas hojas ven la luz en este continente. El *Repertorio Americano*, es una publicación de 12 o 14 hojas, de calidad humilde el papel y de impresión sobria y sencilla; pero que después que se le ha leído y vuelto a leer, se le encuentra que dentro de su modestia y gravedad, es elegante y cautivadora. Estas pocas hojas, tan desprovistas de alardes tipográficos y tan huérfanas de anuncios, son la más alta tribuna literaria y política de toda la América hispana.

En el *Repertorio Americano*, se puede publicar lo que ningún otro periódico se atrevería a insertar por temor a que peligre la vida del mismo o la de los editores; lo que ninguna otra hoja de las incontables que ven la luz en estas tierras privilegiadas, osaría darle cabida, estas humildes pero serenamente honorables y valientes hojas, le brindan calor de

publicidad; y lo que ningún otro periódico se atreve a decirle a los proteccionistas y banqueros del norte y a los tiranos de nuestra malquerida América, este denodado campeón de la Libertad y de la Democracia, lo fija en sus páginas, que son como carteles de admonición ante el mundo.

Tiene aparte otro mérito singular este semanario, y es, que reproduce todo lo bueno y que pueda interesar a los que hemos nacido en estas tierras. Por él, nos vamos conociendo mejor y amando los que poblamos estas patrias hermanas.

Su director, es el destacado publicista Joaquín García Monge, uno de los pocos valores netamente americanos. En vano buscaréis este nombre al frente del *Repertorio*; su modestia y discreción lo harán ocultarse, pero su influencia apostólica y serenamente fuerte, lo magnificará todo.

(Revista de Oriente. Santiago de Cuba.)

Etimología.—La denominación de consules prevaleció, sea porque consultaban, es decir, proponían y dirigían la deliberación del Senado o del pueblo, sea, como pretende Floro, a *consulendo reipublicæ*.

Un libro de Armando Solano.—Armando Solano recoge en un libro sus conferencias, estudios y glosarios relacionados con la raza indígena. Dentro del mismo volumen se reproducen los bocetos o medallones de algunas ciudades colombianas publicados por *El Suplemento* en el año pasado.

Las Ediciones *Colombia*, cuyas prensas imprimen en los actuales momentos el libro de Solano, le darán con éste al país uno de los regalos más codiciables. Acaso el maravilloso cantor del indio sea hoy en Colombia el escritor que dispone de un público más vasto y más devoto.

A la prosa de Armando Solano han confluído en admirable encuentro la emoción y la acometividad-criollas y ese exquisito sentido de la proporción, de la diafanidad y de la luz que explende en los mejores escritores de la vieja Francia.

El diario es un rodillo que puede aplastar al hombre de letras. La urgencia y el afán que enmarcan la labor del cotidianista suelen refluir en abandono o en ruina de sus mejores aptitudes artísticas. Lo que se gana en agilidad se pierde en alíño. Solano ha sido uno de los pocos letrados en Colombia que habiéndose entregado al diarismo ha querido y podido conservar y enriquecer su personalidad literaria.

Un libro suyo, será siempre un acontecimiento de librería. La labor antológica emprendida por Germán Arciniegas significa para nuestra literatura nacional el salvamento de grandes y bellas prosas, amenazadas de dispersión por el escepticismo envanescente de Solano.

La melancolía de la raza indígena, que tal es el título general del libro, aparecerá como ya lo hemos dicho en los talleres tipográficos de las *Ediciones Colombia* en la próxima semana. Adelantamos esta buena noticia al público intelectual de Bogotá y a los numerosos y constantes núcleos de lectores que en todo el país tiene y nutre la altísima espiritualidad de Armando Solano.

(El Tiempo. Bogotá.)

De las leyes de Roma, según Cicerón:

Que no se reciban ni se den regalos, sea para conseguir el poder, sea durante, sea después de su gestión.

Víctor Hugo de moda



Victor Hugo

Caricatura de García Cabral.

Uno de los libros de mi primera época de lector fué una biografía de Víctor Hugo. El libro fué buen orientador. Después comencé a leer las traducciones en castellano de Hugo; tal vez a devorarlas. Toda la fuerza del pensamiento se concentró en esto; lo demás, cedió por entero a esta fiesta orquestal. En mi época de madurez sigo perteneciendo fielmente al culto del Cíclope, acaso por lo que otros lo desechan, por su romanticismo. *La Ola y la Sombra* de *Los Miserables*, leída en la escuela me pareció siempre maravillosa, como interpretación simbólica de la vida social, del desorden social, de las injusticias a que en el grupo colectivo está sujeto en la forma de la más humillante servidumbre, el individuo, cualquiera que sea su magnitud. *La Ola y la Sombra*, con su estilo fantasmagórico, abrió el camino al *Hombre que ríe*, al *Noventa y Tres*, a *Los Miserables*, a *Nuestra Señora de París*. Más tarde he revisado estas lecturas en su lengua original. Al deleite de la extraña arquitectura de este inmenso mundo romántico, he agregado el de esta lengua francesa que en Víctor Hugo es como el canto de un órgano gigantesco. Conozco lo fundamental de la crítica de que ha sido objeto la obra literaria de Víctor Hugo; la experiencia me permite, a mi vez, hacer diferencias y selecciones. Pero, a mi juicio, para poder apreciar los valores constantes de una obra de arte literario, debe ser leída en su integridad. El Partenón es más sencillo, más puro, más perfecto que una Catedral gótica, pero en cuanto a valores estéticos, cada uno de los edificios tiene el suyo particular, sin que se amengüen o exalten los detalles del uno o del otro, por comparación. El francés de Víctor Hugo es una de las más espléndidas cristalizaciones de ese idioma; es un homenaje de eternidad del genio a su propia expresión. «Había nacido para ser el clarín sonoro», dice uno de los que están a la par suya en poder de espíritu. La escuela romántica de Hugo, tal como surge del Prefacio de *Hernani*, fué discutida aun en vida del Maestro. ¿En el eterno juego de las cosas, volverá a ocupar el solio, siquiera por un momento más, en el reino del arte? ¿Tendrá su reinado de cien días? Quién sabe. Pero el idioma de Víctor Hugo será eterno, aun cuando muchas de las cosas dichas por él no tengan otro valor que el del poder enfático de la frase que las contiene. No vale la pena sacrificar una sola expresión de una página de Hugo. Qué importa que abunden los adornos como las estatuas de *Nuestra Señora*? ¿Eran una exigencia de las

deíficas concepciones del genio.

Acabo de leer, una vez más, *El Hombre que ríe*. Delante de esta obra, me pregunto: ¿qué es la realidad de la vida y qué no es la realidad? ¿En nombre de qué realidad podríamos hablar para condenar lo imposible de los personajes y de los incidentes dramáticos de las obras de Hugo? ¿Es que la realidad tiene una medida? A la par de esta obra, he estado leyendo *El análisis de la materia* de Russell. El filósofo inglés, que se encuentra con el mismo problema en su camino, se dice: «creo que la materia es menos material y el espíritu menos espiritual de lo que comúnmente se supone». Este problema entre lo real y lo ideal es el que suscita *El Hombre que ríe*. Los dos extremos tienen su representación allí. Gwynplaine y Dea. Pero el problema apenas queda planteado. En la época de Víctor Hugo no se podía resolver: sólo la muerte era capaz de confundir las dos cosas en su enigma. La novela termina con la muerte de los dos personajes. En cambio sigue viviendo Ursus que es el representante de los valores ordinarios del mundo. En Hugo, la realidad es esencialmente interna. «Yo soy un símbolo» —dice Gwynplaine. Todo es aquí eso mismo. Lo humano se traduce en pura representación. El hombre casi no existe. Lo único que existe es su

sombra o su alma. —Muy cerca de él, más de treinta años antes de que se vulgarizaran ciertas doctrinas psicológicas, decía alguien a propósito de Víctor Hugo, haciendo un balance de lo que él representa para las ideas del mundo. «Sus defectos fueron, por tanto, necesarios; él no hubiera existido sin ellos; fueron los defectos de una fuerza inconsciente de la naturaleza, obrando por efecto de una tensión interior».

La psicología moderna encuentra en Víctor Hugo el tipo de un verdadero creador de arte. Tal vez en alguna parte de su densa obra él mismo lo haya dicho: «yo hablo en nombre de las almas». Su escuela testimonió el tenebroso mundo interno del hombre, hasta con una majestuosa franqueza. Buscó sus símbolos dentro del ser humano mismo, donde duerme un sueño secular más de un Orestes; no los buscó fuera de sí, en un afán, casi delictuoso e hipócrita, de ignorarse. Víctor Hugo, exaltando el símbolo artístico, ha penetrado en el mundo real del hombre. La vida no es sino símbolo.

El Hombre que ríe es la representación simbólica de la Aristocracia inglesa. El título verdadero de la obra habría sido *La Aristocracia*. Para Víctor Hugo, «el patriciado inglés es el patriciado en el sentido absoluto de la palabra». Nosotros agregaría-

mos aquí: en sus errores. El conflicto entre Gwynplaine convertido en la verdad de su destino, es decir, en Lord Clancharlie, conflicto aparentemente dramático, corresponde a este juicio contemporáneo de la raza a que pertenece el hombre inglés del patriciado: «Me parece que el anglo-sajón, abandonado a sí mismo, tiende más inevitablemente que el germano, a gravitar hacia el escepticismo y la negación y a refugiarse en un cinismo amargo y desconfianza general de la realidad del espíritu». Y la crueldad con que se deforma al heredero de Lord Clancharlie, porque el padre fué y continuó siendo republicano, no es un recurso novelesco. No hay nadie más cruel con su enemigo, como el inglés cuando lo quiere ser. Léase, por ejemplo, lo que acerca de este sello del temperamento anglo-sajón se dice en la *Historia de la Literatura inglesa* de Taine.

Pero el libro de Hugo va más allá del juicio de una institución nacional. Plantea este otro vasto problema moral: el de la deformación de la conciencia humana. Gwynplaine es una conciencia deformada. ¿Es esta deformación sistemática y meditada? «Yo represento a la humanidad tal como sus dominadores la han hecho. El hombre es un mutilado. Lo que se ha hecho en mí, se ha hecho también al género humano. Se ha deformado el derecho, la justicia, la verdad, la razón, la inteligencia, tal como a mí los ojos, las narices y las orejas; como a mí se le ha puesto en el corazón una cloaca de cólera y de dolor, y sobre la faz una máscara de alegría». «La sociedad humana está constituida de tal manera que todas las perdiciones, todas las indigencias, todas las catástrofes, todas las fiebres, todas las úlceras, todas las agonías, se resuelven por encima del abismo en una espantosa mueca de alegría».

Este es, a pesar de su naturaleza, uno de los problemas nuevos del mundo: el de la deformación de esa alma humana. En los cuatro rumbos del espíritu, profetas, poetas y maestros, elevan la misma protesta del personaje de Víctor Hugo; pero la transforman en preocupación educativa y trabajan por la rehabilitación del espíritu humano.

Dejando a un lado todas estas trascendentes relaciones, la simple lectura de la obra produce un deleite que no siempre se encuentra en tantas otras en que los artistas se esfuerzan atormentadoramente por mantenernos cerca de su propio mundo. El naufragio, la peregrinación del niño sobre el campo cubierto de nieve; el encuentro de Dea; la figura ideal e impalpable de esta criatura; la

inquieta filosofía de Ursus; la perorata de Gwynplaine; su peregrinación en la noche desierta; la muerte de Dea; el encontrarse de cuando en cuando con estas expresiones conmovedoras y algunas de ellas cortantes: «Lo que se hace contra un niño, se hace contra Dios», «En Dea era el corazón el que veía», «Clancharlie es un lord, Gwynplaine es un hombre».

El problema estético sobre lo feo y lo deforme, tratado en una frase efectista, sirve para explicar un símbolo que se repite en variadas formas en la obra de Víctor Hugo: «Tu no eres feo, tu eres deforme. Lo feo es pequeño, lo deforme es grande. Lo feo es la mueca del diablo detrás de lo bello; lo deforme es el reverso de lo sublime».

Quiero insistir en esta contrapolarización del ser humano, por ser un motivo científico contemporáneo: sentirse una cosa y ser otra; sentirse pequeño y ser grande; sentirse nada y ser, sin embargo, un hombre. «Os creías Gwynplaine y eres Clancharlie; os creías del pueblo y eres de la señoría; os creías del último rango y eres del primero; os creías histrión y eres senador; os creías pobre y eres opulento; os creías pequeño y eres grande».

El distico del templo pagano es la eterna fórmula de la filosofía humana: también está escrito en el pórtico del templo de la ciencia nueva: *Conócete a ti mismo*. El artista lo ha condensado en una expresión monstruosa de pavor y de dolor, de una intensa y conmovedora realidad espiritual.

Rómulo Tovar

San José, Costa Rica, junio de 1929.



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias
para muchachos

Suplemento al Repertorio Americano

Los ingenieros del puente de Brooklyn

¿Quién no ha de leer con gozo, como un triunfo propio, por ser hombre, una noticia breve de la vida de los dos bravos e ilustres ingenieros que han alzado entre New York y Brooklyn, sobre las ondas del aire, ese solemne y admirable puente, sutil calzada de gigantesca encajería?

La ideó el padre; la hizo el hijo. El padre se llamó Juan Roebling; el hijo Washington. El padre, enamorado de la libertad, bautizó a su hijo con el nombre de su pontífice. Jerarquía nueva; cielos nuevos; santos nuevos.

Juan Roebling no nació en los Estados Unidos, sino en la ciudad de Mulhausen, allá en Thuringia, en Prusia. Su frente, como un dosel, amparaba sus ojos penetrantes, osados y meditabundos, y a menudo dulces. Era bueno, como todos los hombres verdaderamente grandes. La piedad es el sello de las almas escogidas. Cuando la naturaleza escribe *Grandeza*, escribe *Ternura*. Desde niño, no jugaba con soldados, de lo que suele venir insana ansia de serlo, sino con libros. Notaban sus amigos, de entre sus cejas pobladas, como de hornos encendidos, sus ojos voraces; y era de aquellos hombres briosos que con sus miradas atrevidas cautivan y encadenan a la Tierra, que les abre enamorada y vencida sus senos. Sólo que tal dama requiere amantes tales!

De la Escuela Real Politécnica de Berlín salió Juan Roebling ingeniero civil. Como lo manda la ley de Prusia, sirvió tres años, después de su titulación, en las obras del Gobierno; que el que la nación educa, si no aprende para vil, debe dar la flor de su trabajo, la flor de su vida, a la nación.

Pero en Prusia, si enseñan ingenieros, sofocan almas. Roebling andaba torvo, como grande hombre esclavo. Los hombres pueden levantar puentes más fácilmente que levantar almas. Los hombres gustan de comer y de dormir, y se entretienen en cortarse las alas y en ver caer al polvo sus mejores plumas, en vez de ceñírselas a los hombros, como para tenderlas vía del Cielo. Roebling, airado de vivir en la Tierra, donde los hombres son, más que fábricas maravillosas, culatas de fusiles, vino a los Estados Unidos de América. La majestad de la selva; el aroma de la Naturaleza nueva y libre; el placer penetrante de una creación casi absoluta y el deleite del alma fuerte en las grandes soledades, llevaron a Roebling al bosque virgen; compró tierras

incultas; tendió sobre ellas, a fecundarlas con sus hojas muertas, árboles solemnes, cargados de siglos; sobre la tierra de hojas amarillas reverdecieron en tallos fecundos las hojas útiles. A poco ya era jefe de pueblo, cuando todos los de la comarca cercana, y los de esta tierra toda, puestos en pie, al aire la camisa de labrar y entrando por el suelo los arados, emprendieron su marcha majestuosa, cercenando montes, tajando valles, secando lagos, cabalgando en ríos. Donde había un canal que abrir, un acueducto que levantar, un puente que tender, estaba Roebling. Dos madres tienen los hombres: la Naturaleza y las circunstancias; ¡cuánto gran poder humano desconocido, que muere sollozando en el vacío! ¡cómo son necesarias para la revelación de la grandeza, el ajuste y feliz encuentro del hombre que la trae consigo y las condiciones que aceleran o favorecen su expresión! En cierto modo la frente de Roebling, prusiana de naturaleza, se tornó en americana; del goce de la libertad y de la presencia permanente de la grandeza surgió, surgió como refundido en molde nuevo, un nuevo mundo. Así, cuando tuvo un hijo, no le puso Arminius, sino Washington.

Este puente de Brooklyn que ahora, como por calzada de peregrinaje a nueva Meca, cruzan apiñadas, jubilosas, hirvientes, las multitudes; esta labor excelsa que los estadísticos computan asombrados, los oradores loan con voces magnas y los poetas en arpas limpias y estrofas apostólicas cantan, tuvo numerosos e imponentes padres. Como crece un poema en la mente del bardo genioso, así creció este puente en la mente de Roebling. Bajo los tilos de Berlín, cuando era mozo, hace como sesenta años, tendía los primeros hilos que ahora, trocados en cables poderosos, sustentan la aérea fábrica. Su tesis de título fue sobre puentes colgantes. Más que en abrir canales, tender rieles y levantar acueductos, meditaba en suspender puentes de cables de alambre. A poco, ya era dueño de una fábrica de alambres de hierro y de acero. A poco, echó a andar un colosal acueducto de madera por sobre dos cables de a siete pulgadas de diámetro. A poco, tendía sobre el río Monongahela, sobre antiguos pilares, un puente de ocho tramos, de 188 pies en cada tramo, suspensos de dos cables de cuatro pulgadas y media de diámetro. A seguida tiende sobre el Niágara, suspendida de cuatro cables, de a diez pulgadas de diámetro, doble calzada aérea de 825 pies de largo, que los nativos del país van a ver en sendas procesiones, y admiran y celebran los grandes ingenieros de la Tierra. No bien



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

y

La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Opera-
rios competentes para la
confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este del Cometa
frente a Luis Vanni

San José, C. R.—Teléfono 3283

había anclado a los bordes de la catarata los cables que la salvaban, echó otro puente entre la ciudad de Cincinnati y la de Covington, que junta, con su arrogante vía de mil y cinco pies, un pueblo al otro.

Dan de sí las épocas nuevos hombres que las simbolizan; ya no fabrican los hombres en el fondo del río, sino en el aire. Se afinan y encumbran los puentes, como el espíritu. Cada siglo que pasa es un puñado más de verdades que el hombre guarda en su arca. Y véase el camino, y la perfecta analogía entre cada época y su obra mayor. Da el oriente de los califas, como perfume petrificado, palacios de colores; da la edad teocrática, que nace en Roma antigua y muere en América, torres de religión, en que, sobre los hombros de la iglesia rica, se alzan los artistas atrevidos, asaltadores de las nubes, rivales hermosos del que, con cincel aún no rehallado, talló en la sombra la Naturaleza. La Francia viciosa se sacó de sus senos abiertos a Trianón, coronado de adormideras, orlado de rosas. Y las mayores obras de esta edad de concordia y ensanche, y paso a otro mundo, son un istmo y un puente.

Juan Roebling, cuyo rostro, hozador y pujante, figura ya, como retrato de huésped, en todas las casas de los Estados Unidos, murió de su obra, como mueren todos los espíritus sinceros: estaba en pie sobre un montón de maderos, que echó abajo, de una embestida, en el muelle flotante contiguo, un vapor celoso, de una de las empresas de vapores que atraviesan el río, y cuya prosperidad queda amenazada por el puente; al caer Roebling, se hirió un pie, que expuso por demasiado tiempo al agua fría, de que murió en diez y seis días, de pasmo. Ni ¿qué importa? Cuando el hombre ha vaciado su espíritu, puede ya dejar la Tierra.

Cuarenta y seis años tiene ahora Washington Roebling, su hijo. De las líneas de su padre ha hecho calzadas, redes de acero, torres, moles. Lo que el padre esbozó, él completó. Lo que el padre no previó, por él fué resuelto. Nunca se había usado el acero para cables de puentes colgantes, y él lo usó; él ideó la difícil juntura de los cables de rollos de alambre de acero; en máquina Vincasca, de trazado suyo, subían majestuosamente al tope de las torres, a 100 metros de altura, las masas de granito; domó las resistencias no previstas, y algunas tremendas, del agua arrollada y expulsada bajo el aire comprimido; era difícil mantener buenas luces encendidas en el fondo del cajón que sustenta, a 80 pies bajo el agua, la torre de New York, y él halló modo de encenderlas, de sacar de los cajones lóbregos y hondos los materiales excavados, de resolver los problemas nuevos que a cada alambre se presentaban al ajustar los hilos en el cable, por ser el cable tan recio y grueso, y de alambres tantos, que requería cada hilo en el ajuste su propia longitud y altura. Y a veces, cuando en su cerebro fatigado su pensamiento, fugaz y como volátil, luchaba rudamente por huir cual caballo que tasca de mal grado el freno, o vapor sujeto al muelle por flojas amarras, de su casco de huesos, su mujer, piadosa, como gallarda amazona que acaricia el cuello del corcel piafante, fortalecía su idea rebelde, remataba sus cifras incompletas, sacaba a lo alto la verdad que las manos desmayadas de su marido habían estado a punto de dejar caer. Una mujer buena es un perpetuo arco iris.

Su vida quedará contada a paso de periódico. De niño, jugaba con los puentes de su padre; de mozo, le ayudaba a perfilar diseños, idear torres y templar en los hornos gigantes el acero y el hierro, y probar el acero, hasta que resistiese su presión, en la máquina hidráulica, preparada a punto de romper. Cuando se alzaron del Sur las huestes colosales e infelices, que, más que su propia libertad, querían la de gozar sin molestia del abominable derecho de señor sobre los siervos negros, ni vió a las arcas de su padre rico, ni tuvo en mientes los halagos de la vida bella que comenzaba a sonreír al ingeniero joven, celebrado y apuesto, sino que, con la capa azul del soldado, que flotaba sobre los hombros de aquellos bravos como las alas, se puso al pie de la bandera del Norte. Blandió el acero doblemente: en sable, sobre los enemigos; sobre los ríos, en puentes. Parecía que llevaba la espalda llena de ellos, y no bien salía al paso del ejército triunfante una corriente adversa, se desceñía de la aljaba un puente colgante y lo tendía sobre el río. Ganó premios y fama de osado, y el temple que da al alma el enrostramiento frecuente del peligro. Como el padre estaba en serias obras, en la de Cincinnati, que a cada paso

ofrecían problemas nuevos, por lo difícil de lo sostenido y preciso del trabajo del aire comprimido, viajó por Europa, a acaparar ciencia neumática. Volvió; trabajó con el padre hasta su muerte; quedó, después de ella, con el manejo de la fábrica del padre, la intendencia de su hacienda pingüe y la creación penosa de la gigante maravilla. Pasaba el día en la cueva de aire comprimido, entre miasmas de lodo y astillas de roca, enfrenando el agua rebelde, animando a los trabajadores medrosos, con sus manos mismas palpando la húmeda entraña de la Tierra. Véngase la Tierra de los que la descubren, y de toda la superioridad de sus hijos, que como daga loca vuelve contra el mismo que la ciñe. Trabajaba demasiado en aquel lóbrego cajón el ingeniero, y lo sacaron un día, en brazos, ida al cerebro y a las partes blandas del cuerpo la sangre aglomerada; a otros, esta enfermedad del cajón abate, como a un tronco un rayo: les pega a la espalda el pulmón; les hipertrofia el hígado; a Washington Roebling lo ha dejado vivo, como si lo estuviera sobre llamas. Ni en un ápice ha turbado su juicio; pero oír mucho, hablar mucho, concentrar su atención mucho, le enciende el pensamiento, y le da suelta, como si quisiera, con los efluvios que de él brotan, sacar de quicio el cráneo.

Y durante doce años ha dirigido así este hombre, desde la silla en que postraba su cuerpo abatido en el balcón de su casa, que domina el río, la fábrica del puente. ¡Bien es que, puesto que los tiempos andan, no sea ya Minerva, he-taira formidable y caprichosa, la que salga armada de la cabeza de Júpiter! Desde un sillón de cuero, en lúgubre alcoba, miraba en otro tiempo Felipe II, acariciando pomos de daga y criando odios, oficiar en altar solitario a sus sacerdotes, sobre cuyos rostros, con los reflejos del Sol en el bronce de los ángeles hincados en los peldaños del arca, parecía ondear perennemente el estandarte verde que levantaba el Santo Oficio por entre las hogueras de la Plaza Mayor. Ahora, desde otro sillón regio, acariciando compases y muestras de material de construcción, un hombre sin corona la pone al mundo nuevo, y ve oficiar en dos pueblos—entre los que, como altar a donde comulguen en la religión nueva, tiende un puente,—a dos millones de sacerdotes que trabajan. Pues, rey por rey, Dios guarde al rey de ahora, que echa puentes y no quema!

La ciudad entera ha ido a llevar flores y vocear hurras al pie de la habitación donde forjó la maravilla el ingeniero enfermo.

JOSÉ MARTÍ

Junio, 1888.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Imprenta, Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica